Rogers Sáenz

Angelo.

Victor Hugo

17

ANGELO,

TIRANO DE PÁDUA.

Drama en tres jornadas

ESCRITO EN FRANCÉS

por Mr. Victor Hugo,

y traducido al castellano.

MADRID.

Imprenta de Repullés.

AÑO DE 1835.

Representado por primera vez en el teatro francés de París el 28 de Abril de 1835.

EL AUTOR.

En el estado que hoy tienen todas esas cuestiones profundas, que se rozan con las raices mismas de la sociedad, tiempo hace que ocurrió al autor de este drama, que no dejaria de haber utilidad y grandeza en desarrollar en el teatro alguna cosa parecida á la idea siguiente:

Poner frente á frente en una accion nacida toda del alma, dos graves y dolorosas figuras, la muger dentro de la sociedad, y la muger fuera de la sociedad, esto es, en dos tipos vivos todas las mugeres, toda la muger. Presentar estas dos mugeres, que son un resúmen de todas; muchas veces generosas, desdichadas siempre. Defender á la una contra el despotismo, á la otra contra el menosprecio. Enseñar á qué pruebas resiste la virtud de la una, con qué lágrimas se borra la mancha de la otra. Echar la culpa al autor de la culpa, es decir, al hombre, que es fuerte, y á ciertas ideas sociales que son absurdas. Hacer que en estas dos almas escogidas triunfe la piedad de la hija de los resentimientos de la muger, el amor de una madre del amor de un amante, la generosidad del ódio, el deber de la pasion. Delante de dos mugeres de este temple, colocar á dos hombres, el marido y el amante, el soberano y el proscrito,

y compendiar en ellos por diversos incidentes todas las relaciones regulares é irregulares que el hombre puede tener con la muger por una parte, y con la sociedad por otra. Y luego, al pie de este grupo que goza, que posee y que padece, unas veces sombrío, otras resplandeciente, no olvidar al envidioso, á ese testigo fatal que se encuentra en todas partes, que la Providencia pone en acecho en el último escalon de todas las sociedades, de todas las gerarquías, de todas las prosperidades, de todas las pasiones humanas; enemigo eterno de cuanto ocupa un puesto alto, cambiando de forma segun el tiempo y el lugar; pero en la esencia siempre el mismo, espía en Venecia, eunuco en Constantinopla, disfamador en París. Colocar, pues, como la Providencia le coloca, en la sombra, rechinando los dientes al menor asomo de la dicha agena, á ese miserable, inteligente y corrompido, que solo puede hacer daño, porque todas las puertas cerradas á su amor, estan abiertas á su venganza. Y por último, encima de estos tres hombres, entre estas dos mugeres, poner como un lazo, como un símbolo, como un intercesor, como un consejero al Dios muerto en la cruz. Clavar todo este padecimiento humano detras del crucifijo.

Y supuestos tales antecedentes, hacer un drama ni tan cierto y real que el mucho tamaño de las proporciones destruyera la posibilidad de la aplicacion; ni tan de la vida comun, que la pequeñez de los personages perjudicára á la amplitud de la idea; sino heróico y doméstico; heróico porque el

drama debe ser grande; doméstico porque el drama debe ser verdadero. Mezclar en esta composicion, para satisfacer esa necesidad del ánimo que quiere siempre encontrar lo pasado en lo presente, y lo presente en lo pasado, el elemento humano, el elemento social, con un elemento histórico. Pintar, de camino, con motivo de esta idea, no solo el hombre y la muger, no solo estas dos mugeres y estos tres hombres, sino todo un siglo, todo un clima, toda una civilizacion, todo un pueblo. Tejer sobre este pensamiento, segun los datos especiales de la historia, un suceso de tal modo sencillo y verdadero, tan animado, tan palpitante, tan efectivamente positivo, que á la vista del pueblo pudiera ocultarse el objeto de la idea, lo propio que la carne oculta los huesos.

Esto es lo que el autor del drama ha querido hacer. No tiene mas que un sentimiento, y es que esta idea no haya ocurrido á otra persona mas capaz.

Pero ya que el buen éxito obtenido se debe sin duda á este pensamiento, y ya que ha sido superior á todas sus esperanzas, el autor conoce la necesidad de esplicar completamente su idea al gentío que se agolpa todos los dias á ver su drama; imponiéndole con tanta curiosidad una responsabilidad muy estrecha.

Nunca estará de mas el repetir, que cuantos se han dedicado á meditar sobre las necesidades de la sociedad, á las cuales deben corresponder siempre las tentativas del arte, opinan hoy, mas que nunca, que el teatro es un lugar de enseñanza. El drama,

tal como el autor de esta obra querría hacerle, y tal como podria hacerlo un ingenio superior, debe dar á la muchedumbre una filosofia, á las ideas una fórmula, á la poesía músculos, sangre y vida, á los que piensan una esplicacion desinteresada, á las almas sedientas un refrigerio, á las llagas secretas un bálsamo, á cada cual un consejo, á todos una ley.

Y no es menester decir que las condiciones del arte deben ser atendidas antes que todo, y satisfechas por entero. La curiosidad, el interes, la distraccion, la risa, las lágrimas, la observacion perpetua de cuanto pertenece á la naturaleza, la envuelta maravillosa del estilo, todo esto debe tenerlo el drama, sin lo cual no sería drama; mas para ser completo, es menester tambien que aspire decididamente á agradar, asi como aspira decididamente á instruir. Dejémonos embelesar por el drama; pero que lleve dentro de sí alguna leccion, que sea fácil de percibir siempre que se quiera disecar esta bella cosa viva, tan hechicera, tan poética, tan apasionada, tan magníficamente vestida de tisú de seda y de terciopelo. Dentro del drama mas bello debe haber siempre una idea severa, lo mismo que dentro de la muger mas hermosa hay un esqueleto.

El autor, como ya se deja ver, no quiere eximirse de ninguno de los deberes austéros del poeta dramático. Tal vez se decida mas adelante á intentar, en una obra especial, la esplicacion por menor de lo que ha querido hacer en cada uno de los dra-

mas que lleva compuestos en estos últimos siete años. A la vista de una tarea tan inmensa, como es el teatro en el siglo XIX, *no se le oculta su honda insuficiencia; pero no por eso se retraerá de perseverar en la obra que ha comenzado. Y por mezquina que sea, ¿cómo retrocedería cuando se ve estimulado por el apoyo de los talentos de primer órden, por el aplauso de un concurso numeroso, por la noble simpatía de cuantos hombres eminentes disfrutan en los dominios de la crítica de un voto respetado? Proseguirá, pues, con firmeza; y en cualquiera ocasion que crea necesario manifestar á todos, en sus mas pequeños incidentes, una idea útil, una idea social, una idea humana, pondrá el teatro encima de ella, como un vidrio de aumento.*

En el siglo que vivimos el horizonte del arte se ha ensanchado mucho. En otro tiempo el poeta decia: el público: *hoy dice el poeta: el* pueblo.

A 7 de Mayo de 1835.

PERSONAS.

ANGELO MALIPIERI, podestá.

CATALINA BRAGADINI.

LA TISBE.

RODOLFO.

HOMODEI.

ANAFESTO GALEOFA.

REGINELA.

DAFNE.

UN PAGE NEGRO.

DOS CELADORES DE NOCHE.

UN ALGUACIL.

EL DEAN DE SAN ANTONIO DE PÁDUA.

EL ARCIPRESTE.

Pádua. — 1549.

Siendo dux Francisco Donato.

PRIMERA JORNADA.

La Llave.

Personas.

ANGELO MALIPIERI.

LA TISBE.

RODOLFO.

HOMODEI.

ANAFESTO GALEOFA.

JORNADA PRIMERA.

Un jardin iluminado para una funcion de noche. A la derecha un palacio iluminado, donde suene una orquesta, con puerta al jardin y con una galería donde se verá andar los concurrentes á la funcion. Junto á la puerta un banco de piedra. A la izquierda otro banco, y en él un hombre dormido. En el fondo, por encima de los árboles, se descubre el perfil de Pádua. Al fin del acto amanece.

ESCENA PRIMERA.

LA TISBE, con rico trage de funcion. *ANGELO MALIPIERI*, con chupa ducal y estola de oro. *HOMODEI*, dormido, con túnica de lana parda, cerrada por delante, calzones encarnados, y una guitarra á su lado.

LA TISBE.

Sí, monseñor, sois el magnífico podestá, el dueño absoluto de Pádua, el que con pleno y libre poderío dispone de la vida ó de la muerte. Sois el enviado de Venecia; y en donde quiera que os presentais, alli parece que está la faz y la magestad de la república. Si pasais por una calle, monseñor, ciérranse los balcones y ventanas; los que transitan por ella huyen unos de otros, y todo tiembla dentro de las casas. Los pobres paduanos, cuando se ven delante de vos, tienen la misma serenidad y valor que los habitantes de Constantinopla en presencia del gran turco. Ni mas, ni menos. En Brescia, donde yo he estado tambien, es

muy diferente. Seguro es que Venecia tratase á Brescia como trata á Pádua. Brescia sabria volver por sí; porque cuando Venecia alza el brazo para herir, Brescia muerde, y Pádua lame la mano. Es mucha vergüenza esto. Pero aunque seais el amo y señor de toda la ciudad, y ademas con pretensiones de serlo tambien mio, habeis de saber, monseñor, que quiero deciros la verdad muy clara. No os asusteis: no voy á hablar de asuntos del Estado, sino de los vuestros. Porque, dígolo otra vez, sois un hombre tan particular que no hay quien os comprenda, ni yo entiendo cómo podais estar enamorado de mí, y tener zelos de vuestra muger.

ANGELO.

Tambien tengo zelos de vos, señora.

LA TISBE.

No es menester que lo digais; y eso que ignoro cuáles sean vuestros derechos para mandar en mí. Aqui me tienen todos por dama vuestra; por muger que todo lo puede con vos; pero ya sabeis que esto no es cierto.

ANGELO.

Magnífica ha estado la funcion.

LA TISBE.

Ya se ve, como soy una pobre cómica de teatro se me permite que dé saraos á los senadores y que procure divertir á nuestro dueño, aunque por hoy no puedo decir que lo haya logrado. Mas mústia teneis la cara que negra es mi careta. Las luces de la funcion se cuentan á cientos; pero nada basta á disipar la sombra de vuestro rostro. Deberiais pagar con vuestra alegría mi esmero en distraeros y recrearos. Vamos, monseñor, reíos un poco.

ANGELO.

Sí, ya me rio. — ¿No me dijisteis que era hermano vuestro ese jóven que ha venido con vos á Pádua?

LA TISBE.

Mucho que sí. ¿Y qué tenemos?

ANGELO.

Ya vi que le hablásteis ahora poco. ¿Y quién era el otro que le acompañaba?

LA TISBE.

Un amigo suyo; un vicentino llamado Anafesto Galeofa.

ANGELO.

Y vuestro hermano, ¿cómo se llama?

LA TISBE.

Rodolfo, monseñor, Rodolfo. Mas de cien veces os lo tengo ya dicho. ¿Y es esta toda la agradable conversacion que guardais para mí?

ANGELO.

Perdonad, Tisbe; no volveré á haceros mas preguntas. Ayer hicísteis de un modo admirable el papel de Rosmonda. Sabed que este pueblo debe darse por feliz en teneros en su teatro, y que toda la Italia, al admirar vuestros talentos, envidia á estos mismos paduanos que os causan tanta compasion. ¡Ay, Tisbe! los aplausos que os tributan son amargos para mí, porque me abrasan los zelos cuando pienso que son tantos los ojos que gozan de vuestra hermosura. Y decidme, Tisbe, ¿quién era aquel máscara que os habló esta noche entre las dos puertas?

LA TISBE.

Perdonad, Tisbe; no volveré á haceros mas preguntas. — Bien se cumple. Ese hombre, monseñor, era Virgilio Tasca.

ANGELO.

¿Mi teniente?

LA TISBE.

Vuestro esbirro ó alguacil.

ANGELO.

¿Y qué queriais con él?

LA TISBE.

No fabricariais malos castillos en el aire si á mí se me antojara no decíroslo.

ANGELO.

¡Tisbe...!

LA TISBE.

No incomodarse, que yo soy franca y contaré toda la historia. ¿Sabeis quién soy yo? una nada, una muger de la plebe, una cómica, una cosa que hoy acariciais y mañana despreciareis, una pura comedia. Pero asi, tan poco como soy, tuve una madre. ¿Sabeis lo que es tener una madre? ¿la habeis tenido vos? ¡sabeis lo que es ser una criatura tierna, pobre, débil, desnuda, miserable, hambrienta, sin ningun arrimo en el mundo, y conocer y sentir que teneis cerca de vos, á vuestro lado, en donde quiera que esteis, andando, si andais; parándose, si os parais; sonriendo, si llorais, una muger... no, hasta ahora nadie sabe si es muger, porque es un ángel quien os enseña á hablar, á reir, á amar tambien; quien calienta vuestros dedos entre sus manos, vuestro cuerpo en su regazo, vuestra alma en su corazon; quien os da su leche cuando sois pequeñuelo, su pan cuando estais crecido, y su vida siempre: á quien decis, ¡madre mia! y quien os responde, ¡hijo mio! de un modo tan dulce, que el cielo mismo se regocija de escuchar ambas palabras! Pues bien, yo tenia una madre

asi. Era una pobre muger, sin marido, que cantaba canciones morlacas en las plazas públicas de Brescia. Yo la acompañaba; nos daban algunas monedas, y estos fueron los principios de mi vida. Donde mi madre se paraba siempre era al pie de la estátua de Gatta-Melata. Un dia parece que cantaba una copla, cuyo sentido no comprendia, ni ciertos versos que parece eran ofensivos á la señoría de Venecia, y que arrancaban grandes risotadas á los criados de un embajador que nos estaban escuchando. Un senador que pasaba por alli miró, oyó, y dijo á un capitan que le acompañaba: "Esa muger á la horca." Estas cosas se hacen muy pronto en Venecia. Al instante echaron mano á mi pobre madre: no habló ni una sola palabra: ¿de qué le hubiera servido? Me cogió en sus brazos; me besó, mojándome la cara con sus lágrimas; tomó su crucifijo, y se dejó maniatar. Me parece que estoy viendo ahora el crucifijo: de cobre muy lindo. Al pie de la cruz está mi nombre, Tisbe, toscamente puesto con la punta de una navaja. Diez y seis años tenia yo entonces, y veía á aquellos hombres maniatar á mi madre, sin poder hablar, ni gritar, ni llorar, inmóvil, helada, muerta como en un sueño. Cuantos estaban alli callaban tambien. Pero el senador llevaba de la mano á una niña, sin duda su hija, que se compadeció mucho de nosotras. ¡Una niña hermosísima, monseñor! ¡Angelito! Se abrazó á las rodillas del senador, lloró tanto y con tanto calor, con tan bellos ojos, que alcanzó el perdon de mi madre. Sí, monseñor, lo alcanzó. Cuando mi madre se vió suelta, tomó su crucifijo y se lo dió á la hermosa niña, diciendo: "Señorita, guardad este crucifijo y no sereis desdichada." Pasado esto, mi madre se murió; ¡santa muger! yo me

he hecho rica, y quisiera ver otra vez á esa criatura, á ese ángel que salvó á mi madre. ¿Quién sabe? ya será una muger, y por lo tanto desgraciada. Tal vez la pudiera yo servir ahora. Á cualquiera pueblo donde llego busco al esbirro, al alguacil, á los hombres de la policía; les refiero el caso, y al que me encuentre á esta muger que busco ofrezco darle diez mil cequíes de oro. Aqui teneis el motivo que me hizo hablar entre las dos puertas á vuestro alguacil Virgilio Tasca. ¿Quereis saber mas?

ANGELO.

¡Diez mil cequíes de oro! ¿Y qué dariais á esa muger misma si llegaseis á encontrarla?

LA TISBE.

Mi vida si la quiere.

ANGELO.

¿Pero cómo podreis conocerla?

LA TISBE.

Por el crucifijo de mi madre.

ANGELO.

¡Toma! lo habrá perdido.

LA TISBE.

No por cierto. Nadie pierde lo que gana de esa manera.

ANGELO.

Reparando en Homodei.

¡Señora! ¡Señora! ahí está un hombre. ¿Sabeis que hay un hombre ahí? ¿Qué hombre es ese? ¿Quién es?

LA TISBE.

Riendo á carcajadas.

Vaya, vaya; mucho que lo sé. Hay un hombre, y por mas señas que está durmiendo y con muy buen sueño. ¿Ireis ya á concebir sospechas? Es mi pobre Homodei.

ANGELO.

¡ Homodei ! ¿ Y quién es ese Homodei ?

LA TISBE.

Este Homodei es un hombre, monseñor, como yo, yo la Tisbe, soy una muger. Homodei es un maestro de guitarra que el señor primiciero de San Marcos, muy amigo mio, me envió poco ha con una carta que os enseñaré, zeloso de Satanás; y no venia sola, porque la acompañaba un regalo.

ANGELO.

¿ Cómo es eso ?

LA TISBE.

Toma, un verdadero regalo veneciano, una caja cuyo contenido se reduce á dos pomitos, uno blanco y otro negro. En el blanco hay un narcótico muy activo que hace dormir sobre doce horas con un sueño muy parecido á la muerte; y en el negro hay veneno, de ese temible veneno que Malaspina dió al papa en una píldora de acibar, como ya sabeis. El señor primiciero me dice que esto puede servir en un lance : vamos, una galantería, como podeis conocer. Y concluye su carta previniéndome que el portador del regalo es un tonto incapaz de sacramentos. Quince dias hace que se halla aqui; y bien pudierais haberlo visto, porque come en mi casa, duerme donde le viene mas á mano, y anda tocando y cantando hasta que se vaya á Vicencio. Ahora vino de Venecia. Asi anduvo tambien mi pobre madre, de pueblo en pueblo. Estará conmigo todo el tiempo que quiera. Esta noche ha entretenido algunos ratos á nuestros convidados; pero sin duda no debe gustarle mucho la fiesta cuando se ha dormido. Buena prueba de que es tonto.

ANGELO.

¿ Me respondeis de este hombre ?

LA TISBE.

Vamos, ¿quereis burlaros? Bravo motivo para ese sobresalto. Un maestrillo de guitarra, un idiota, un hombre dormido. Dejemos eso, y decidme por Dios, señor podestá, qué teneis ó qué os inquieta. No parece sino que vuestras ocupaciones se reducen todas á estar siempre preguntando quién es éste, quién es aquel. De todos sospechais. ¿Teneis zelos, ó teneis miedo?

ANGELO.

Ambas cosas.

LA TISBE.

Zelos, ya lo entiendo. ¡Como que habeis tomado á vuestro cargo el zelar á dos mugeres! Pero ¡miedo! ¡vos, que sois el señor en este pueblo, vos, á quien por el contrario todos temen!

ANGELO.

Esa es la primera razon para temblar. *Acercándose á ella, y hablando bajo.* Oid, Tisbe. Es verdad, acabais de decirlo; mi poder no tiene límites aqui: soy señor, déspota y soberano de esta ciudad: soy el podestá enviado por Venecia á Pádua; la garra del tigre para el cordero. Sí, muy poderoso; pero en medio de mi poder absoluto, sabedlo, Tisbe, hay sobre mí una cosa grande, terrible, llena de tinieblas: hay Venecia. ¿Y sabeis lo que es Venecia, pobre Tisbe? ¡Venecia es, voy á decíroslo, la inquisicion de estado, el consejo de los Diez! ¡Ay! ¡el consejo de los Diez! Hablemos bajo, Tisbe, porque quizá nos está escuchando aqui. Hombres que ninguno de nosotros conoce, y de quienes somos conocidos todos nosotros; hombres que no se ven en ninguna ceremonia, y que estan visibles en todos los

patíbulos; hombres que tienen en sus manos todas las cabezas, la vuestra, la mia, la del dux, y que no tienen ni toga, ni corona, ni estola, ni nada que los designe á la vista, nada por donde podais decir *¡este es uno de ellos!* Un signo misterioso debajo de sus trages, cuando mas, y agentes en todas partes, y esbirros en todas partes, y en todas partes verdugos: hombres que no dejan ver nunca al pueblo de Venecia mas rostros que esas melancólicas bocas de bronce, siempre abiertas debajo de los pórticos de San Marcos; bocas fatales, que al pueblo le parecen mudas, y que sin embargo hablan de un modo muy recio y muy terrible, porque dicen á cualquiera que pasa: *denunciad*. Hecha la denuncia, la prision es su consecuencia: preso un hombre, no hay mas que decir. En Venecia todo se hace con secreto, con misterio, con seguridad. Sentenciar y ejecutar la sentencia es una cosa misma: nada hay que ver, nada hay que decir; ni hay grito posible, ni mirada útil: la víctima lleva una mordaza, y el verdugo una careta. ¿Os dije que habia patíbulos? Me equivoqué. En Venecia no se muere en el cadalso; se desaparece. Falta un hombre de pronto del seno de su familia. ¿Qué se ha hecho de él? Los plomos, los pozos, el canal Orfano lo saben. Suele oirse de noche que arrojan algo al agua: si pasais por alli apretad el paso. Prescindiendo de esto, bailes, festines, iluminaciones, músicas, góndolas, teatros, carnaval de cinco meses; esta es Venecia. Vos, Tisbe, cómica bellísima, la conoceis por este lado: yo, que soy senador, la conozco por el otro. Sabedlo, en todos los palacios, en el del dux, en el mio, sin noticia ni conocimiento del que le habita, hay un callejon secreto, traidor perpetuo de todas las salas, de todos

los gabinetes, de todos los dormitorios: un corredor tenebroso, cuyas puertas no son sabidas de vos, sino de otros, y por donde se oyen pisadas sin poder atinarse con el punto fijo donde suenan: una mina misteriosa, donde entran y salen á cada paso hombres desconocidos, pero que llevan algun objeto. ¡Y las venganzas personales que juegan en todo esto, y que se satisfacen en las tinieblas! Durante la noche me incorporo en mi lecho, aplico el oido, y distingo pasos por las paredes. Aqui teneis la congoja en que vivo. Yo mando en Pádua; pero todo esto manda en mí. Sujetar á Pádua es mi encargo; y mis instrucciones ser inexorable, terrible. No puedo ser déspota sino bajo la condicion de ser tirano. Jamas me pidais favor, ni indulto para nadie: no hay cosa que yo pudiera negaros; pero me perderiais. Nada me está prohibido para castigar: para perdonar, todo. Esta es mi suerte; tirano de Pádua, y esclavo de Venecia. Grande será la vigilancia que se ejerza conmigo; no lo dudeis: ¡ah! ¡el consejo de los Diez! Poned á un cerrajero en una cueva, y mandadle hacer una cerradura; aun no la habrá concluido, y ya tendrá la llave en su bolsillo el consejo de los Diez. ¡Señora! ¡Señora! El criado que me sirve, me espía; el amigo que me saluda, me espía; el clérigo que me confiesa, me espía; la muger á quien digo yo te amo, sí, Tisbe, me espía tambien.

LA TISBE.

Señor, ¿qué decis?

ANGELO.

No hablo de vos, Tisbe; jamas me habeis dicho que me amais, lo repito: ¡cuanto me mira, es un ojo del consejo de los Diez; cuanto me oye, es un oido del consejo de los Diez; cuanto me toca, es una ma-

no del consejo de los Diez! ¡Mano tremenda, que comienza por tentarme muy de quedo, y acaba por arrebatarme súbitamente! Yo, el magnífico podestá de Pádua, no tengo la menor seguridad de que mañana no se presente de pronto en mi cuarto un miserable esbirro que me mande seguirle; y aunque no sea mas que un miserable esbirro, es seguro que tendré que seguirle: ¿y adónde? á algun subterráneo, de donde él saldrá sin mí. Señora, ser de Venecia es pender de un cabello. No hay suerte mas triste ni mas amarga que la mia: estoy asomado á un horno ardiendo que se llama Pádua, la cara cubierta siempre con una máscara, representando mi papel de tirano, rodeado de peligros, de precauciones, de terrores; temiendo á cada instante un estallido, y temblando á cada momento de verme muerto por mis propias manos, como el alquimista por su veneno. Compadecedme, señora, y no me volvais á preguntar por qué tiemblo.

LA TISBE.

En efecto, es muy espantosa vuestra situacion.

ANGELO.

Sí señora; soy el potro con que un pueblo da tormento á otro pueblo. Estos instrumentos se gastan muy pronto, y se rompen mas á menudo. ¡Soy muy desdichado, Tisbe! Para mí no hay mas que una cosa agradable en el mundo, y esa sois vos; y con todo conozco que no me amais. ¿Será cierto que tampoco amais á otro?

LA TISBE.

No, no; tranquilizaos.

ANGELO.

¡Me decis ese *no* con tanta frialdad!

LA TISBE.

Dígolo como puedo decirlo.

ANGELO

No seais mia sino quereis; pero no lo seais de otro, Tisbe. Que nunca llegue yo á saber que otro...

LA TISBE.

¿Si creereis que estais muy amable cuando me mirais de esa manera?

ANGELO.

Pero Tisbe, ¿cuándo me amareis?

LA TISBE.

Cuando os amen aqui todos.

ANGELO.

Está bien; pero quedaos en Pádua: no quiero que os marcheis. ¿Lo oís? Si faltáseis de aqui me faltaria la vida. Alguien veo que se acerca á nosotros. Ya hace tiempo que estamos hablando, y puede haberse reparado y dar tambien sospechas á Venecia. Me marcho. *Deteniéndose y señalando á Homodei.* ¿Con que me respondeis de este hombre?

LA TISBE.

Como de un niño que estuviese durmiendo.

ANGELO.

Vuestros hermano es el que llega. Quedaos con él.

ESCENA II.

LA TISBE. RODOLFO, con trage serio negro y pluma negra en el sombrero. *HOMODEI*, que continúa durmiendo.

LA TISBE.

¡Ah! ¡es Rodolfo! ¡Rodolfo! A tí sí que te amo. *Volviéndose al lado por donde salió Angelo.* No á tí, mente-

cato tirano. No es mi hermano, es mi amante. Ven, Rodolfo, mi valiente soldado, mi noble proscripto, mi hombre generoso: mírame de frente. ¡Qué hermoso eres! ¡cómo te amo!

RODOLFO.

Tisbe...

LA TISBE.

¿Por qué quisiste venir á Pádua? Ya lo ves, nos han quitado la libertad. Ya no podemos salir de este pueblo... y en tu situacion tienes que estar pasando por hermano mio. El podestá se ha enamorado de tu pobre Tisbe: nos tiene presos, y no quieren soltarnos. Y yo siempre temblando no llegue á descubrir lo que eres. ¡Qué suplicio! Pero no importa: nada conseguirá de mí ese tirano. Tú lo crees asi, ¿no es verdad, Rodolfo? Pero quiero tambien que esto te agite; quiero que tengas zelos, que estés zeloso de mí.

RODOLFO.

¡Muger generosa y bella!

LA TISBE.

Lo que es yo tengo muchos zelos de tí, muchísimos zelos. ¡Y ese Angelo Malipieri, que se atrevia á hablarme de zelos! ¡Él que se piensa que está zeloso! ¡Ese hombre que habla al mismo tiempo de tantas cosas! Señor podestá, cuando se tienen zelos, no se ve á Venecia, ni se ve al consejo de los Diez, ni á los esbirros, ni á los espías, ni al canal de Orfano; ni hay ojos mas que para una cosa, para los zelos. Mira, Rodolfo, yo no podria sufrir que hablases á una muger: hablarla solamente me desesperaria. ¿Qué derecho tiene ninguna á tus palabras? ¡Ah! ¡Una rival yo! No me des nunca una rival: la mataria. Óyeme: yo te amo; tú eres el único hombre que he amado. Mi

vida hasta aqui estaba apagada: ahora arde como un fuego. Tú eres mi luz y mi lumbre. Tu amor es el sol que vivifica mi existencia. Los demas hombres me ponen de hielo. ¿Por qué no te conocí diez años ha? Paréceme que yo tendria vivas todas las partes de mi corazon que el frio del desamor ha amortiguado. ¡Qué dicha la de poder estar solos y hablarnos un instante! ¡Qué locura el haber venido á Pádua! ¡Con qué zozobra vivimos, Rodolfo mio! Tan pronto eres mi amante como mi hermano. Cuando logro hablarte con esta libertad, me muero de alegría. ¿No ves qué loca estoy? ¿me amas?

RODOLFO.

¿Quién no os amaria, Tisbe?

LA TISBE.

¡Si me hablas con tanto cumplimiento me enfado! Pero ¡ay Dios! Es preciso ir un poco á atender á mis convidados. Dime, ya hace dias que me parece estás triste. ¿Es verdad que no lo estás?

RODOLFO.

No, Tisbe.

LA TISBE.

¿Tienes alguna pena?

RODOLFO.

Ninguna.

LA TISBE.

¿Tienes zelos?

RODOLFO.

No.

LA TISBE.

Pues yo quiero que los tengas, ó de lo contrario no me querrás. Vamos, nada de tristeza. Pero yo siempre vivo con agitacion: ¿no tienes ningun disgusto?

¿hay aqui alguien que sepa que no eres mi hermano?

RODOLFO.

Anafesto, y nadie mas.

LA TISBE.

Tu amigo. Con ese no hay cuidado. *Sale Anafesto Galeofa.* Ahí viene ahora. Voy á dejarte con él un rato. — Señor Anafesto, *Riendo.* cuidado que no hable con ninguna muger.

ANAFESTO.

Sonriéndose.

Id descuidada, señora.

ESCENA III.

RODOLFO. ANAFESTO. GALEOFA. HOMODEI. Durmiendo.

ANAFESTO.

Al irse la Tisbe.

¡Qué hermosa! Rodolfo, eres feliz: ¡cómo te ama!

RODOLFO.

No soy feliz: yo no la amo.

ANAFESTO.

¿Cómo? ¿Qué dices?

RODOLFO.

Reparando en Homodei.

¿Quién es ese hombre que está durmiendo allí?

ANAFESTO.

Nadie: ese pobre músico, ¿no lo sabes?

RODOLFO.

¡Ah! sí: el tonto.

ANAFESTO.

¡Que no amas á la Tisbe! ¿Es posible? ¿Qué me dices?

RODOLFO.

Que olvides lo que te he dicho.

ANAFESTO.

¡La Tisbe! ¡Muger adorable!

RODOLFO.

Adorable, no lo niego; pero no la amo.

ANAFESTO.

¡No! ¿Y por qué?

RODOLFO.

No me lo preguntes.

ANAFESTO.

¡Yo, tu amigo!

LA TISBE.

Sale apresuradamente, y dirigiéndose á Rodolfo con mucha alegria.

Vuelvo solo para decirte una palabra: que te amo. Y ahora sí que me voy.

ANAFESTO.

Mirándola marchar.

¡Pobre Tisbe!

RODOLFO.

Hay en mi pecho un secreto, que jamas ha salido de él.

ANAFESTO.

Algun dia se lo confiarás á tu amigo: ¿no es verdad? Hoy estás muy taciturno, Rodolfo.

RODOLFO.

Sí, déjame solo un momento.

Vase Anafesto. Rodolfo se sienta en un banco de piedra apoyando la cabeza en sus manos. Despues que Anafesto sale, Homodei abre los ojos, se levanta, y á pasos lentos va á colocarse de pie detras de Rodolfo, que aparecerá embebido en su meditacion.

ESCENA IV.

RODOLFO. HOMODEI.

HOMODEI.

Pone la mano en el hombro de Rodolfo. Éste se vuelve y lo mira con espanto.

No es vuestro nombre Rodolfo. Os llamais Ezzelino da Romana. Sois de una familia ilustre que reinó en Pádua, y que fue desterrada de aqui mas ha de doscientos años. Andais errante de ciudad en ciudad con un nombre supuesto, y algunas veces os aventurais á pisar el estado de Venecia. Siete años hace que estando alli, en Venecia, unos veinte sería entónces vuestra edad, vísteis un dia en la iglesia á una jóven muy hermosa; en la iglesia de San Jorge el Mayor. No fuisteis detras de ella: seguir á una muger en Venecia, es ir á buscar una puñalada. Volvisteis muchas veces á la iglesia, y la jóven tambien volvió. Os enamorásteis de ella, y ella de vos. Sin saber su nombre, porque nunca le supísteis, y aun ahora mismo lo ignorais, como que solo la conoceis por Catalina, os dísteis traza para escribirla y ella para contestaros. Conseguísteis ademas que os permitiese verla en casa de una muger llamada la beata Cecilia, y llegó al mas alto punto la pasion de ambos; pero sin menoscabo de la virtud de ella. Esta jóven era noble; por cierto que esto fue lo único que pudísteis averiguar. Una noble veneciana no puede casarse sino con un noble veneciano ó con un rey; vos no érais veneciano, ni tampoco podeis ya ser rey. Ademas, érais un desterrado, y no podiais aspirar á su mano. Un dia faltó á la cita, y la beata Cecilia os

dijo que la habian casado. Tan poco afortunado fuísteis en saber el nombre del marido, como lo habiais sido en saber el del padre. Marchásteis de Venecia. Desde entónces acá habeis corrido por toda la Italia, sin poder sacudir vuestro amor. Os entregásteis á los placeres, á las distracciones, á las locuras, á los vicios. Todo en valde. Procurásteis amar á otras mugeres: llegásteis á creer que amabais á alguna, á esta cómica, por ejemplo, á la Tisbe; todavía mas en valde. El antiguo amor renacia bajo la forma de los nuevos. Va para tres meses que vinísteis á Pádua con la Tisbe, pasando por hermano suyo. El podestá monseñor Angelo Malipieri se ha enamorado de ella; y á vos os ha sucedido lo que vais á oir. Una tarde, el 16 de febrero, una muger tapada se llegó á vos en el puente Molino, os cogió de la mano y os llevó á la calle Sanpiero. En esta calle estan las ruinas del antiguo palacio Magaruffi, demolido por vuestro antepasado Ezzelino III. En estas ruinas hay una choza: en esta choza encontrásteis á la muger de Venecia, á quien amais, y que os está amando siete años ha. Desde entónces la veíais en la misma choza tres veces á la semana. Ella ha permanecido siempre fiel á su amor y á su virtud; á vos y á su marido. En cuanto á su nombre, no ha desaparecido el misterio, Catalina y nada mas. El mes pasado se desvanecció de repente vuestra dicha. Fuísteis un dia á la choza y ella no pareció. Se han cumplido cinco semanas sin que hayais vuelto á verla: esto consiste en que su marido ha desconfiado, y la tiene encerrada. Ha rayado el alba, muy pronto será de dia. La buscais por todas partes: ni la habeis encontrado, ni la encontrareis nunca. ¿Quereis verla esta noche?

RODOLFO.

Mirándole atentamente.

¿Quién sois vos?

HOMODEI.

¿Preguntas? A ninguna respondo. ¿Con que no quereis ver hoy á esa muger?

RODOLFO.

Sí, sí, verla: quiero verla. Verla un instante y morir despues.

HOMODEI.

La vereis.

RODOLFO.

¿Dónde?

HOMODEI.

En su casa.

RODOLFO.

Pero decidme: ¡á ella! Y ¿quién es ella? ¿cómo se llama?

HOMODEI.

En su casa os lo diré.

RODOLFO.

¡Ah! Sois un ángel venido del cielo.

HOMODEI.

No sé lo que soy. Esta noche al salir la luna, mas claro, á las doce, estad en la esquina del palacio de Alberto de Baon en la calle de Santo Urbano. Alli iré yo, y os llevaré. A las doce.

RODOLFO.

Gracias. ¿Y no quereis decirme quién sois?

HOMODEI.

¿Quién soy yo? Un tonto. *Vase.*

RODOLFO.

¿Quién será este hombre? ¡Y qué me importa! A las

doce! ¡á las doce! ¡cuánto tiempo hay de aqui á las doce! ¡Oh Catalina! por la felicidad que me ofrece, le hubiera dado la vida.

ESCENA V.

RODOLFO. LA TISBE.

LA TISBE.

Yo soy otra vez, Rodolfo. Buenos dias. No he podido pasar mas sin verte. No puedo estar separada de tu lado: á todas partes voy en pos de tí: no pienso, ni vivo sino por tí. Soy la sombra de tu cuerpo, y tú eres el alma de la mia.

RODOLFO.

Mira lo que haces, Tisbe: mi familia es una familia fatal. Por una prediccion, por un destino cumplido casi inevitablemente de padres á hijos, damos la muerte á las personas que nos aman.

LA TISBE.

Pues bien: me matarás. ¿Y qué hay en eso? ¡Con tal que me ames!

RODOLFO.

Tisbe...

LA TISBE.

Me llorarás despues. Con esto me contento.

RODOLFO.

Tisbe, tú mereces el amor de un ángel. *La toma la mano, y vase lentamente.*

LA TISBE.

¡Y se va! ¡Rodolfo! ¡Y me deja! ¿Qué es lo que tiene? ¿qué le sucede? *Mirando hácia el banco.* Homedei ha despertado ya. *Homodei sale por el fondo del teatro.*

ESCENA VI.

LA LISBE. HOMODEI.

HOMODEI.

Antes de adelantarse.

Rodolfo se llama Ezzelino: el aventurero es un príncipe: al idiota le sobra el talento; y el hombre que duerme es un gato que acecha. Ojos cerrados y oidos abiertos. *Se adelanta.*

LA TISBE.

¿Qué dice Homodei?

HOMODEI.

Enseñando su guitarra.

Que esta guitarra tiene cuerdas, que suenan como uno quiere. El corazon del hombre y el corazon de la muger tienen tambien sus cuerdas, que se pueden hacer sonar.

LA TISBE.

¿Y qué quieres decir con eso?

HOMODEI.

Señora, esto quiere decir que si casualmente perdeis hoy un buen mozo, que gasta pluma negra en el sombrero, yo sé el lugar donde le podreis hallar esta noche próxima.

LA TISBE.

¿En casa de alguna muger?

HOMODEI.

Muy bella.

LA TISBE.

¡Cómo! ¿qué quieres decir? ¿quién eres tú?

HOMODEI.

No lo sé.

LA TISBE.

¡Tú no eres lo que yo pensaba, desdichada de mí! Tenia razon el podestá: tú eres un hombre malo. Pero ¿quién eres, sí, quién eres? ¡Rodolfo en casa de una muger! ¡En la noche de hoy! ¿Es esto lo que quieres decir? Habla: ¿es esto?

HOMODEI.

No lo sé.

LA TISBE.

Mientes, es imposible, Rodolfo me ama.

HOMODEI.

No lo sé.

LA TISBE.

¡Embustero! ¡Cómo mientes! Tú serás un hombre pagado. ¡Dios mio! Tambien yo tengo enemigos. Pero Rodolfo me ama. Anda, infeliz, no conseguirás sobresaltarme. No te creo. Y tú debes desesperarte al ver que no me altero por lo que estás diciendo.

HOMODEI.

Ya habreis notado que el podestá monseñor Angelo Malipieri lleva en la cadena de su cuello una joyita de oro, primorosamente trabajada. La joya es una llave. Fingid que la quereis, y pedídsela, sin decirle el objeto con que la queremos.

LA TISBE.

¿Una llave dices? Yo no la pido, ni quiero pedirla. ¿Si creerá este infame que sospecharé yo de Rodolfo? No quiero ninguna lleve. Márchate, no me hables mas.

HOMODEI.

Cabalmente viene ahora el podestá. Despues que tengais la llave, os esplicaré el uso que hemos de ha-

cer de ella esta noche. Dentro de un cuarto de hora estaré aqui otra vez.

LA TISBE.

¿No me has entendido, miserable? Te digo que no quiero esa llave. Tengo mucha confianza en Rodolfo. Para nada necesito esa llave, ni diré una palabra sobre ello al podestá. No vuelvas, es inútil; nada te creo.

HOMODEI.

Dentro de un cuarto de hora. *Vase.*

ESCENA VII.

LA TISBE. ANGELO.

LA TISBE.

¿Otra vez aqui, monseñor? ¿Buscais á alguien?

ANGELO.

Sí: á Virgilio Tasca: tengo que decirle dos palabras.

LA TISBE.

Vamos, ¿teneis zelos todavía?

ANGELO.

Los tengo siempre, señora.

LA TISBE.

Sois un loco. ¿Para qué sirven los zelos? No comprendo cómo puede haber zelos. Yo podria amar mucho á un hombre, sí por cierto; pero ¿tener zelos de él? nunca.

ANGELO.

Eso es porque no amais á nadie.

LA TISBE.

Sí tal; amo á uno.

ANGELO.

¿A quién?

LA TISBE.

A vos.

ANGELO.

¡Me amais! ¿Será verdad? No os burleis de mí. ¡Ah! repetid otra vez lo que acabais de pronunciar.

LA TISBE.

Digo que os amo. *Ella se acerca con jovialidad y toma la cadena que trae al cuello el podestá.* ¡Hola! ¿qué juguete es este? No lo habia visto hasta ahora. ¡Qué bonito! ¡qué bien trabajado! Sin duda lo ha hecho el platero Benvenuto. ¡Muy precioso! ¿Y esto qué es? parece cosa propia de mugeres.

ANGELO.

¡Ah Tisbe! con una palabra habeis llenado mi corazon de alegría.

LA TISBE.

Bueno, bueno. Pero decidme, ¿qué cosa es esta, ó para qué sirve?

ANGELO.

Esto es una llave

LA TISBE.

¡Ay! ¡una llave! Nunca lo hubiera acertado. Pero sí, es verdad, ya la veo: con esto se abre. Con efecto, es una llave.

ANGELO.

Sí, Tisbe mia.

LA TISBE.

Pero supuesto que es una llave, para nada la quiero. Quedaos con ella.

ANGELO.

¡Cómo! ¿Os ha gustado? ¿La quereis, Tisbe?

LA TISBE.

Tal vez. ¡Como es una alhaja tan primorosa!

ANGELO.

Se la quita del collar.

Tomadla, ahí la teneis.

LA TISBE.

No señor; si yo hubiera sabido que era una llave, no hubiera hablado de ella. Ya digo que no la quiero. Y tambien os puede hacer falta.

ANGELO.

Muy raras veces. Y para eso tengo otra: tomadla, yo os lo pido.

LA TISBE.

¡Pero si esto no me puede servir para nada! Y qué, ¿se pueden abrir puertas con esta llave? Es muy chica.

ANGELO.

Eso no importa. Estas llaves son para cerraduras secretas. Con esta se abren muchas puertas, y entre otras la de un dormitorio.

LA TISBE.

¿De veras? Vaya, pues lo quereis absolutamente, la tomo. *Toma la llave.*

ANGELO.

Gracias. ¡Qué fortuna! habeis recibido alguna cosa mia.

LA TISBE.

¡Ah monseñor! me parece que Virgilio Tasca os anda buscando por esa galería.

ANGELO.

¿Es él en efecto?

LA TISBE.

Sí: ¿no teneis que hablarle?

ANGELO.

Maldita sea su venida, que me priva de hablar con vos.

LA TISBE.

Señalando á la galería.

Por ahí.

ANGELO.

Besándola la mano.

¿Con que me amais, Tisbe?

LA TISBE.

Por ahí, por ahí: que os aguarda Tasca.

Vase Angelo. Homodei se deja ver en el fondo del teatro, y Tisbe se dirige á él.

ESCENA VIII.

LA TISBE. HOMODEI.

LA TISBE.

Ya tengo la llave.

HOMODEI.

Examinándola.

Veamos. Ella es. En el palacio del podestá hay una galería que da al puente Molino. Escondeos alli esta noche: detras de un mueble, de una cortina, como querais. Despues de las dos iré á buscaros.

LA TISBE.

Te recompensaré muy bien. *Dándole un bolsillo.* Ahora toma ese bolsillo.

HOMODEI.

Como gusteis; pero dejadme salir de mi empeño. A las dos de la noche iré á buscaros. Os enseñaré la primera puerta, que debeis abrir con esa llave; y

despues me retiraré yo. Para nada mas me necesitareis, y os bastará seguir adelante.

LA TISBE.

¿Y qué encontraré yo despues de la primera puerta?

HOMODEI.

Otra puerta, que tambien se abre con esa llave.

LA TISBE.

¿Y despues de esta segunda?

HOMODEI.

Otra, que será la tercera. La llave las abre todas.

LA TISBE.

¿Y despues de la tercera?

HOMODEI.

Ya lo vereis.

Jornada Segunda.

EL CRUCIFIJO.

Personas.

ANGELO MALIPIERI.

CATALINA BRAGADINI.

LA TISBE.

RODOLFO.

HOMODEI.

REGINELA.

DAFNE.

JORNADA SEGUNDA.

El teatro representa un dormitorio ricamente adornado: en el ángulo de la izquierda una cama magnífica con pabellon de cortinas que puedan correrse y ocultarla enteramente. En el ángulo de la derecha un balcon abierto. En el mismo lado una puerta disimulada: en su inmediacion un reclinatorio; y encima, colgado en la pared, un crucifijo de metal pulido. En el fondo una puerta grande de dos hojas. Entre esta puerta y la cama otra puerta pequeña y muy adornada. Mesa, sillones, candeleros, y una gran alacena ocupada con objetos de lujo. Sobre la mesa una cítara ó guitarra.

ESCENA PRIMERA.

DAFNE. REGINELA. Despues *HOMODEI.*

REGINELA.

Créelo, Dafne, es una verdad. Troilo, el alguacil de noche, es quien me lo ha contado. La cosa sucedió poco ha, en el último viaje que la señora hizo á Venecia. ¡Un esbirro, un infame esbirro atreverse á amar á la señora, á escribirla, á ponerse en su presencia! ¿Se podia esto imaginar, Dafne? La señora lo hizo echar de Venecia, y muy bien que hizo.

DAFNE.

Entreabriendo la puerta cerca del reclinatorio.

Está bien, Reginela; pero la señora aguarda su libro de devociones. ¿No lo sabes?

REGINELA.

Arreglando algunos libros en la mesa.

El otro lance fue mas terrible; y tambien es verdad. Solo porque dió aviso á su amo de que habia encontrado un espía dentro de la casa, el pobre Palinuro murió repentinamente en aquella misma noche. Por supuesto, de veneno. Te encargo que tengas mucha prudencia, y sobre todo, que mires mucho lo que hablas en este palacio: hasta dentro de las paredes hay quien oiga.

DAFNE.

Bien, despacha pronto; luego hablaremos, que ahora está aguardando la señora.

REGINELA.

Continuando en arreglar la mesa, y con la vista fija en ella.

Si tanta priesa tienes, vé delante, que allá voy yo.

Dafne sale, y vuelve á cerrar la puerta sin que lo advierta Reginela.

Sobre todo, lo que te encargo, Dafne, es el silencio en este maldito palacio. Como no sea en esta pieza no hay donde estar con seguridad. Aqui á lo menos se vive sin sobresalto y se puede decir cuanto una quiere. Es el único parage donde se habla sin riesgo de que haya escuchas.

Mientras dice estas últimas palabras, se abre la alacena, sale Homodei sin que Reginela lo vea, y vuelve á cerrarse.

HOMODEI.

"Es el único parage donde se habla sin riesgo de que haya escuchas"

REGINELA.

Reparando en Homodei.

¡Dios mio!

HOMODEI.

Silencio. *Abre su túnica, y deja ver una armilla de terciopelo negro en que estarán bordadas con plata estas letras: C. D. X. Reginela da muestras de terror.* Cuando se llega á ver á uno de nosotros, y se da á entender á alguien, aunque no sea sino por señas, que se nos ha visto, no acaba el dia sin que la muerte castigue esta indiscrecion. Mucho se habla de nosotros en el pueblo, y tú debes saber que es verdad lo que te digo.

REGINELA.

¡Jesus! Pero ¿por qué puerta entró?

HOMODEI.

Por ninguna.

REGINELA.

¡Jesus!

HOMODEI.

Responde á mis preguntas, y en nada me engañes. La vida te va en ello. ¿Adónde da esta puerta? *Señala á la puerta grande del fondo.*

REGINELA.

Al dormitorio de monseñor

HOMODEI.

Señalando á la puerta chica que está junto á la grande.

¿Y ésta?

REGINELA.

A una escalera secreta que comunica con las galerías del palacio. La llave la tiene solo monseñor.

HOMODEI.

Señalando á la puerta junto al reclinatorio.

¿Y ésta?

REGINELA.

Al oratorio de la señora.

HOMODEI.

¿Y ese oratorio tiene alguna salida?

REGINELA.

Ninguna. Está en una torre, y no tiene mas que una ventana con reja.

HOMODEI.

Asomándose al balcon.

Que estará al mismo nivel de este balcon. Muy bien. Ochenta pies de pared limpia, y abajo el rio Brenta. Aqui la barandilla está demas. Pero en el oratorio hay una escalera: ¿dónde va á parar?

REGINELA.

A mi cuarto, que tambien lo es de Dafne, monseñor.

HOMODEI.

¿Y tiene alguna salida ese cuarto?

REGINELA.

Ninguna, monseñor. Una ventana con su reja, y solo una puerta que da al oratorio.

HOMODEI.

En cuanto tu ama baje aqui te subirás á tu cuarto, y te estarás alli sin ponerte á escuchar y sin hablar palabra.

REGINELA.

Asi lo haré, monseñor.

HOMODEI.

¿Dónde está tu ama?

REGINELA.

En el oratorio rezando.

HOMODEI.

¿Y despues viene aqui?

REGINELA.

Sí, monseñor.

HOMODEI.

¿Cuánto tardará todavía? ¿media hora?

REGINELA.

Eso será lo mas, monseñor.

HOMODEI.

Muy bien. Márchate. Sobre todo silencio. Nada te importa lo que aqui pase. Deja que suceda lo que quiera, y nada digas. El gato juega con el raton: nada te va en ello. Tú no me has visto, ni sabes si yo vivo. ¿Estamos? ¿me entiendes? Si sueltas una palabra, la he de oir: si das una mirada, la he de ver: si haces un gesto, una señal, apretar solo la mano, lo he de saber. Vete ahora.

REGINELA.

¡Dios mio! ¿Quién irá á morir aqui?

HOMODEI.

Tú, si hablas. *A una señal de Homodei vase por la puerta chica cerca del reclinatorio. Luego que ha salido, Homodei abre la alacena, y se ve un callejon oscuro.* Monseñor Rodolfo, ya podeis venir. Cuidado con los escalones: nueve son. *Detencion como de subir una escalera. Sale Rodolfo.*

ESCENA II.

HOMODEI. RODOLFO, embozado en una capa.

HOMODEI.

Entrad.

RODOLFO.

¿Dónde estoy?

HOMODEI.

¿Dónde estais? Tal vez en la escalera del patíbulo.

RODOLFO.

¿Qué quereis decir?

HOMODEI.

¿Teneis acaso noticia de que hay en Pádua una habitacion, un cuarto terrible, aunque lleno de flores, de perfumes, y quizá de amor, adonde ningun hombre puede penetrar, sea el que fuere, noble ó plebeyo, jóven ó viejo, porque poner los pies en él, ó solo entreabrir una puerta, es un delito que se castiga de muerte?

RODOLFO.

Sí, lo sé; el cuarto de la muger del podestá.

HOMODEI.

Cabalmente.

RODOLFO.

Pero bien. Ese cuarto...

HOMODEI.

Es donde os hallais ahora.

RODOLFO.

¿Este el cuarto de la muger del podestá?

HOMODEI.

El mismo.

RODOLFO.

¿La que yo amo...?

HOMODEI.

Se llama Catalina Bragadini, esposa de Angelo Malipieri, podestá de Pádua.

RODOLFO.

¡Será posible! ¡Catalina Bragadini! ¡La muger del podestá!

HOMODEI.

Si teneis miedo, tiempo es todavía: abierta está la puerta: marchaos.

RODOLFO.

¡Miedo! por mí, no; por ella. ¿Quién me responde de vos?

HOMODEI.

¿Quién os responde de mí? Voy á decíroslo, ya que asi lo quereis. Ocho dias ha que, á una hora muy adelantada de la noche, pasabais por la plaza de San Prodocino. Ibais solo. Oisteis ruido de espadas, y gritos detras de la iglesia: acudisteis alli corriendo.

RODOLFO.

Con efecto, y liberté á un hombre enmascarado de tres asesinos que querian matarle...

HOMODEI.

Cuyo hombre se marchó sin deciros quién era, ni daros gracias. Yo era el hombre de la máscara. Desde esa noche, monseñor Ezzelino, soy muy apasionado vuestro. Vos no me conoceis; pero yo os conozco. He procurado acercaros á la muger que amais. Esto por gratitud, no por nada mas. ¿Os fiais de mí ahora?

RODOLFO.

Sí; mucho que sí, y muy agradecido. Por ella temí no hubiese en esto alguna traicion. Tenia un peso en el corazon que tú me le has quitado. ¡Ah! tú eres mi amigo, mi amigo por toda la vida. Has hecho mas por mí que yo por tí. Imposible era que yo viviera mas tiempo sin ver á Catalina. No hay duda: me hubiera dado la muerte. Yo salvé tu vida, y tú salvas mi corazon, y tambien mi alma.

HOMODEI.

¿Con que os quedais?

RODOLFO.

¡Si me quedo! ¿cómo no habia de quedarme? Me fio de tí enteramente. ¡Volver á verla! ¡Una hora, un

minuto! ¡Volver á verla! Tú no puedes comprender lo que es esto de volver á verla.–¿Y dónde está?

HOMODEI.

Ahí: en su oratorio.

RODOLFO.

¿Y en dónde la veré?

HOMODEI.

Aqui.

RODOLFO.

¿Cuándo?

HOMODEI.

Antes de un cuarto de hora.

RODOLFO.

¡Oh Dios mio!

HOMODEI.

Señalando á todas las puertas, una despues de otra.

Oid lo que os digo. Ahí, á los pies de la pieza, está el dormitorio del podestá: ahora está durmiendo, y como no sea la señora Catalina y nosotros, nadie hay en vela en todo el palacio. Por lo mismo creo que no correis ningun riesgo esta noche. El sitio por donde hemos entrado es un secreto que no puedo comunicaros, y que solo yo conoce; pero mañana podreis salir de aqui con facilidad. ¿Habeis entendido? *Dirigiéndose al fondo.* Esta es la puerta del marido. En cuanto á vos, señor Rodolfo, que sois el amante, *Señalando al balcon.* no os aconsejo que tomeis esta salida: nunca. Una pared lisa de ochenta y cuatro pies de alto, y por recibimiento un rio. Ahora, pues, yo me voy.

RODOLFO.

¿No me dijísteis que dentro de un cuarto de hora?

HOMODEI.

Sí.

RODOLFO.

¿Vendrá sola?

HOMODEI.

Tal vez no. Escondeos por un momento.

RODOLFO.

¿Dónde?

HOMODEI.

Detras de la cama, ó sino mejor será en el balcon. Podreis salir cuando os parezca. Creo que mueven las sillas en el oratorio. La señora Catalina va á venir. Ya es tiempo de separarnos. Á Dios.

RODOLFO.

Junto al balcon.

Seais quien fuereis, despues del favor que acabais de hacerme, sabed que sois dueño de cuanto yo tengo, de mis bienes, de mi vida. *Éntrase sin ser visto en el balcon.*

HOMODEI.

Volviendo al teatro.

¡De tu vida! Ya no podeis disponer de ella, monseñor.

Observa si Rodolfo le ve, y despues saca de su pecho una carta, que pone sobre la mesa. Vase por la alacena, que deja cerrada. Salen por la puerta del oratorio Catalina y Dafne. Catalina en trage de muger noble veneciana.

ESCENA III.

CATALINA. DAFNE. RODOLFO, escondido en el balcon.

CATALINA.

¡Mas de un mes ha! ¿Sabes que hace mas de un mes, Dafne? ¡Ay! esto ya se acabó. Si á lo menos pu-

diese dormir, quizá le vería en sueños; pero no puedo dormir. ¿Dónde está Reginela?

DAFNE.

Acaba de irse á su cuarto, y está rezando. ¿Quereis que la llame para que os desnude, señora?

CATALINA.

No, déjala que rece. ¡Ojalá pudiera yo hacerlo con algun sosiego!

DAFNE.

¿Quereis que cierre el balcon, señora?

CATALINA.

Y como nada puede distraerme, cada vez padezco mas, Dafne mia. Cinco semanas van, cinco semanas eternas que no le veo. – No, no cierres el balcon: asi me refrescaré algo. Tengo la cabeza ardiendo: tienta. – ¿Y no podré volver á verle? Estoy encerrada, presa: estoy en una cárcel: esto se acabó sin remedio. Entrar en este cuarto es un delito de muerte. Ni asi tampoco quisiera verle. ¡Verle aqui! De pensarlo me estremezco. ¡Dios de mi vida! ¡Tan culpable es este amor! ¿Por qué ha venido á Pádua? ¿Por qué me dejé arrastrar de una felicidad que habia de durar tan poco? De cuando en cuando solia verle una hora. Esta hora tan corta, y tan de pronto perdida, era el único respiradero por donde entraba en mi alma un poco de aire y de claridad. Ahora estoy en un calabozo. No veré mas á aquel rostro que alentaba mi vida. ¡Oh Rodolfo! Dime la verdad, Dafne, ¿crees tú que no volveré á verle?

DAFNE.

Señora...

CATALINA.

¡Y como yo no me parezco á las demas mugeres!

Los placeres, las fiestas, las distracciones son nada para mí. Mira, Dafne, va para siete años que no tengo en mi corazon mas que un pensamiento, el amor: ni mas que un deseo, el amor: ni mas que un nombre, Rodolfo. Cuando me miro á mí misma, no veo mas que á Rodolfo. Siempre Rodolfo, y nada mas que Rodolfo. Mi alma es una imágen suya. ¡Ni puede ser otra cosa! ¡Siete años ha que le amo! ¡Era tan niña! ¡Y cómo nos casan sin ninguna compasion! Ahí tienes mi marido; ni siquiera me atrevo á hablarle. ¿Te parece que esta es vida feliz? ¡Qué amarga es mi situacion! ¡Si á lo menos viviera mi madre!

DAFNE.

Vamos, señora, desechad tan tristes ideas.

CATALINA.

¡Ay, Dafne! ¡cuán dulces horas hemos pasados él y yo algunas veces! Pero ¿habrá algun mal en esto que te estoy contando? ¿Es verdad que no? Veo que te entristecen mis penas, y no quiero afligirte. Marcha á dormir: vete con Reginela.

DAFNE.

¿No quereis, señora...?

CATALINA.

No, yo me desnudaré sola. Vete á dormir, querida Dafne, vete.

DAFNE.

Quiera Dios daros muy buenas noches, señora.

Vase por la puerta del oratorio.

ESCENA IV.

CATALINA. RODOLFO, por el pronto en el balcon.

CATALINA.

Sola.

Habia un romance que él me cantaba. ¡Le cantaba sentado á mis pies, con una voz tan dulce! Momentos hay en que quisiera verle á toda costa. Daria toda mi sangre por conseguirlo. Aquellos versos hechos para mí. *Toma la guitarra.* Esta es la música sino me engaño. *Toca algunos compases de un aire melancólico.* Quisiera acordarme de la letra. No sé lo que diera, me venderia á mí misma por oírsela cantar. Solo una vez, y aunque no le viera, y aunque fuese desde ahí abajo, á cualquiera distancia. ¡Pero su voz! ¡oir su voz!

RODOLFO.

Desde el balcon, pero sin salir. Canta.

CATALINA.

Soltando la guitarra.

¡Dios mio!

RODOLFO.

Continúa cantando, pero sin salir.

CATALINA.

¡Rodolfo!

RODOLFO.

Saliendo y tirando la capa hácia el balcon.

¡Catalina! *Arrójase á sus pies.*

CATALINA.

¡Tú aqui! ¿Cómo? ¡Tú aqui! ¡Oh Dios mio! ¡Yo me muero de placer y de espanto! Rodolfo, ¿sabes

dónde estás? ¿Te parece que esta habitacion es como cualquiera otra, desdichado? Tu vida está en peligro.

RODOLFO.

¿Y qué me importa? Sin verte habria muerto muy pronto: mejor es morir despues de haberte visto.

CATALINA.

Has hecho bien. Sí, has hecho muy bien en venir. Mi vida tambien corre peligro. Pero estoy viéndote: ¡qué importa lo demas! Pase yo una hora contigo, y que este techo se desplome luego sobre mí.

RODOLFO.

El cielo nos protegerá: todos duermen en el palacio; y yo podré salir con la misma seguridad que he entrado.

CATALINA.

¿Cómo has podido hacerlo?

RODOLFO.

Me ha traido un hombre á quien salvé la vida... Ya te lo contaré. He venido muy seguro.

CATALINA.

Si es asi, nada hay ya que me agite. Ahora bien, mírame, y déjame que te vea.

RODOLFO.

¡Catalina!

CATALINA.

No pensemos mas que en nosotros mismos: tú en mí, y yo en tí. ¿No es verdad qua te parezco muy mudada? Yo te diré la causa; y es que en estas cinco semanas no he hecho mas que llorar. Y tú ¿qué has hecho en todo este tiempo? ¿No has estado muy triste? ¿Qué efecto te ha hecho esta separacion? Dímelo. Háblame. Quiero que me hables.

RODOLFO.

Catalina mia, vivir separado de tí es vivir en medio de las tinieblas: es tener vacío el corazon. Es como si cada dia se muriese una parte del cuerpo. Es lo mismo que estar sin luz en un calabozo, ó sin ver una estrella por la noche. Es no vivir, no pensar, no saber nada. ¿Qué he hecho? me preguntas: lo ignoro. Lo que he sentido, acabo de decírtelo.

CATALINA.

Lo mismo he pasado yo: lo mismo, sí; lo mismo que tú. Ya veo que nuestros corazones nunca han estado separados. Tengo que contarte muchas cosas. ¿Por dónde comenzaré? Me encerraron aqui. Ya no puedo salir. ¡Cuánto he padecido! No estrañes que no me haya arrojado á tu cuello al tiempo de verte: ¡estaba tan sebrecogida! ¡Dios mio! cuando oí tu voz, no sé lo que pasó por mí: no acertaria á decírtelo. Pero mira, siéntate, como tú sabes, como ántes lo hacias. Cuidemos solo de hablar bajo. Te estarás aqui hasta que amanezca. Dafne proporcionará tu salida. ¡Qué horas tan deliciosas! Ya no tengo miedo: tú me lo has quitado del todo. ¡Qué contenta estoy con verte! Entre tí y lo mejor del mundo, tú te llevarias la preferencia. Pregunta á Dafne cómo he llorado. ¡Cuánto me ha cuidado la pobre criatura! Tienes que darla gracias, y á Reginela tambien. Pero dime, ¿sabes ya cómo me llamo? Sí; tú te sales con todo lo que intentas. No sé qué dejarias tú de hacer cuando quieres una cosa. Y di, ¿podrás volver otras noches?

RODOLFO.

Sí; y de lo contrario, ¿cómo podria soportar la vida? Catalina, te estoy oyendo enagenado de gozo. Nada temas. Mira qué apacible está la noche. Todo

es amor en nosotros, y reposo cuanto nos rodea. La naturaleza debe complacerse al contemplar la efusion de dos almas tan amantes, y formadas para amarse una á otra. No tengas ningun temor.

CATALINA.

No, no le tengo; y ademas hay instantes en que nos olvidamos de todo. Los que son tan felices como nosotros, no pueden acordarse de nada. Escucha, Rodolfo, cuando estoy separada de tí, soy tan solo una pobre muger encarcelada, y tú tampoco eres mas que un pobre desterrado. ¿Estamos juntos? hasta los ángeles pueden envidiarnos entónces. Nadie muere de alegría, Rodolfo, porque sino ya estaria yo muerta. ¡Qué trastornada tengo la cabeza! Acabo de hacerte mil preguntas, y ya no recuerdo una palabra de cuanto te he dicho. ¿Te acuerdas tú de algo? Y esto que nos pasa ¿es sueño ó es verdad? De veras: de veras: ¿estás tú aqui?

RODOLFO.

¡Amada mia!

CATALINA.

Mira, no me hables tú: déjame ordenar mis ideas: deja que me recre en verte, alma mia: déjame pensar que estás aqui. Despues te responderé á cuanto quieras. Hay algunos momentos, tú debes saberlo, en que se quiere mirar al hombre á quien se ama, y decirle: cállate, que te estoy mirando: cállate, que te amo: cállate, que soy feliz. *El la coge una mano, ella se vuelve, y repara en la carta que está sobre la mesa.* Pero ¿qué es esto? ¿Qué papel es ese que me sobresalta? ¡Una carta! ¿Eres tú quien la ha puesto sobre esa mesa?

RODOLFO.

Yo no. Será el hombre que vino conmigo.

CATALINA.

¿Ha venido contigo un hombre? ¿Quién? Veamos. ¿Qué significa esta cartá? *Abrela apresuradamente y lee.* "Hay personas que no se embriagan sino con vino de Chipre. Háilas tambien que solo gozan cuando toman una venganza refinada. Señora, un esbirro que ama, es muy pequeño; pero un esbirro que se venga, es muy grande."

RODOLFO.

¿Y qué quiere decir eso?

CATALINA.

Conozco la letra. Es de un infame que se atrevió á enamorarse de mí, y á decírmelo, y á presentarse un dia en mi cuarto, estando yo en Venecia, de cuya ciudad hice desterrarle. Es un hombre que se llama Homodei.

RODOLFO.

Es verdad.

CATALINA.

Un espía del consejo de los Diez.

RODOLFO.

¡Cielos!

CATALINA.

¡Perdidos somos! Nos han tendido un lazo y hemos caido en él. *Se dirige al balcon y se asoma.* ¡Dios mio!

RODOLFO.

¿Qué hay?

CATALINA.

Apaga esa luz, corriendo.

RODOLFO.

Apagando la luz.

¿Qué tienes?

CATALINA.

Por la galería que da al puente Molino...

RODOLFO.

Dí luego.

CATALINA.

acabo de ver una luz, que ha desaparecido al instante.

RODOLFO.

¡Qué insensatez la mia! Catalina, yo soy la causa de tu perdicion.

CATALINA.

Rodolfo, yo hubiera ido á buscarte, como tú has venido á buscarme á mí. *Aplicando el oido á la puerta chica del fondo.* – Silencio. – Escuchemos. Me parece que oigo ruido en el corredor. Con efecto: abren una puerta. Siento pasos. – ¿Por dónde entraste?

RODOLFO.

Por una puerta oculta, que ese demonio volvió á cerrar.

CATALINA.

¿Qué harémos?

RODOLFO.

Esa puerta...

CATALINA.

Da al cuarto de mi marido.

RODOLFO.

¿El balcon...?

CATALINA.

Es un precipicio.

RODOLFO.

Esta puerta...

CATALINA.

Es de mi oratorio, que no tiene salida. No hay medios de huir. No importa: éntrate ahí. *Abre la puerta del oratorio, y Rodolfo se entra precipitadamente. Ella cierra la puerta y queda sola.* Echemos la llave. *Toma la llave y la guarda en el pecho.* ¿Quién sabe lo que sucederá. Él querria defenderme: saldria fuera, y se perdería. *Se dirige á la puerta chica del fondo.* Nada se oye. Pero sí, que se acercan los pasos. Ahora se paran. Estarán escuchando. ¡Dios mio, valedme! Fingiré que estoy durmiendo. *Quitase el trage de encima y se echa en la cama.* ¡Cómo tiemblo! Ya han metido la llave en la cerradura. No quiero ver lo que entre.

Corre las cortinas y abren la puerta.

ESCENA V.

CATALINA. LA TISBE.

Sale Tisbe pálida con una luz en la mano. Anda lentamente, mirando a cuanto la rodea. Llega á la mesa y examina la vela recien apagada.

LA TISBE.

Esta luz acaban de apagarla. *Vuélvese, repara en la cama, dirigese á ella, y descorre las cortinas.* Sola está y haciendo que duerme. *Recorre toda la habitacion examinando las puertas y paredes.* Esta es la puerta del marido. *Tocando con el reves de la mano la puerta del oratorio, que debe estar disimulada.* Aqui hay una puerta. *Catalina se incorpora en la cama y mira á Tisbe con espanto.*

CATALINA.

¿Quién anda ahí? ¿Quién es?

LA TISBE.

¿Quién anda aqui? Ahora lo sabreis. Es la querida del podestá, que tiene en su poder á la muger del podestá.

CATALINA.

¡Dios mio!

LA TISBE.

¿Quién es, preguntais, señora? Una cómica, una muger de teatro, una perdida, como decis vosotras, que tiene en su poder, como acabo de deciros, á una gran señora, á una muger casada, á una muger respetadísima, á lo que se llama una virtud; que la tiene entre sus manos, entre sus uñas, entre sus dientes: que puede hacer de ella lo que se le antoje: de esa señorona, de esa virtud de oropel, y que va á despedazarla, á destrozarla, á hacerla añicos. Con efecto, señoronas del gran mundo, no sé lo que sucederá; pero es muy cierto que tengo debajo de mis pies á una de vosotras, y que no me se escapará: no, bien puede ella creerlo, y que mejor la estaria verse hecha cenizas por un rayo, que no encontrarse su cara con la mia. Decidme, señora, ¿cómo os atreveis á levantar la cabeza en mi presencia, cuando teneis dentro de este cuarto á un amante...

CATALINA.

Señora...

LA TISBE.

escondido.

CATALINA.

Os engañais.

LA TISBE.

¿Y me lo negais? aqui estaba: esos sillones declaran que ambos estábais sentados. Al menos debís-

teis no haberlos dejado como estan. ¿Y qué os estábais diciendo? Muchas ternezas, ¿no es verdad? Mil amores, ¿no es cierto? Yo te amo... yo te adoro... yo soy tuya... ¡ah, no os acerqueis á mí, señora!

CATALINA.

No puedo comprender...

LA TISBE.

¿Y pensarán estas señoronas que valen mas que nosotras? Lo que nosotras decimos á un hombre sin rebozo en medio del dia, eso mismo vosotras se lo tartamudeais vergonzosamente en las tinieblas de la noche. Toda la diferencia está en las horas. Nosotras nos atraemos á vuestros maridos, y vosotras os atraeis á nuestros amantes. Esto es una lucha: pues bien, luchemos. Embusteras, hipócritas, traidoras, virtudes fingidas, mugeres falsas: eso es lo que sois vosotras. No, no valeis mas que nosotras. Nosotras no engañamos nunca. Vosotras engañais al mundo, engañais á vuestras familias, engañais á vuestros maridos, y si pudiérais engañaríais al mismo Dios. Estas son las mugeres virtuosas, que no se presentan en las calles sin ir tapadas con un velo desde la cabeza á los pies. ¡Y van á la iglesia! ¡Y se manifiestan tan recogidas! ¡Y se inclinan! ¡Y se arrodillan! Pero nadie se recoja, ni se incline, ni se arrodille, sino váyase derecho á ellas, y arránquelas el velo: debajo del velo hay una careta: arránquensela, debajo de la careta hay una boca que miente.—Nada me importa: yo soy la querida del podestá, y vos su muger; la muger que yo quiero perder.

CATALINA.

¡Señora, por Dios!

LA TISBE.

¿Dónde está?

CATALINA.

¿Quién?

LA TISBE.

Él.

CATALINA.

Aqui no hay nadie mas que yo: yo sola: enteramente sola. No sé por quién me preguntais. No os conozco; pero vuestras palabras me llenan de espanto, señora. Ignoro en qué haya podido ofenderos, y no puedo creer que tengais aqui un interes...

LA TISBE.

¿Si tengo algun interes? Mucho que le tengo, y bien grande. ¿Lo dudais? Vaya, que estas mugeres virtuosas son muy incrédulas. ¿Y acaso os hablaria yo como os estoy hablando, si mi corazon no estuviese despedazado de rabia? ¿Y á mí qué me importa lo que os he dicho? ¿ni qué me importa que seais una gran señora, y yo solo una cómica? Nada, porque al cabo soy tan bella como vos. Pero el odio me rebosa en el pecho, y hablo é insulto como primero me ocurre. ¿Dónde está ese hombre? ¿Cómo se llama? Quiero ver á ese hombre. ¡Cuando pienso que se estaba haciendo la dormida! Vamos, es una infamia.

CATALINA.

¡Por Dios, señora! ¿qué va á ser de mí? Si supiérais...

LA TISBE.

Lo que sé es que hay una puerta ahí, y que él está dentro.

CATALINA.

Es mi oratario, señora: no es nada mas. No hay

nadie en él. Os lo juro. ¡Si supiérais...! Os han engañado. Yo vivo retirada, encerrada, escondida para todo el mundo...

LA TISBE.

Este es el velo.

CATALINA.

Ese es mi oratorio: os lo aseguro. No hay en él mas que mi reclinatorio y mis libros de devociones.

LA TISBE.

Esta es la careta.

CATALINA.

Os juro, señora, que nadie está escondido ahí.

LA TISBE.

Esta es la boca que miente.

CATALINA.

Señora...

LA TISBE.

Eso mismo es. Sin duda habeis perdido el juicio cuando me hablaís asi, y cuando con ese miedo declarais vuestro delito. Ni firmeza teneis para negar. Vamos, levantad la cabeza, señora; llenaos de cólera, si os atreveis á tanto, y presentaos como una muger inocente. *De pronto repara en la capa que quedó en el suelo cerca del balcon. Va y la recoge.* Pero ¡sino es posible! Esta es su capa.

CATALINA.

¡Cielos!

LA TISBE.

No, esta no es una capa: ¿no es verdad? Decid que esta no es una capa de hombre. Por desgracia no se puede conocer quién sea su dueño, porque todas estas capas se parecen unas á otras. Vamos, cui-

dado cómo me respondeis. Decidme, ¿cómo se llama ese hombre?

CATALINA.

No sé lo que quereis decir.

LA TISBE.

¿No es ese vuestro oratorio? Muy bien: abridle al momento.

CATALINA.

¿Para qué?

LA TISBE.

Yo tambien quiero rezar. Abridlo.

CATALINA.

He perdido la llave.

LA TISBE.

Abrid pronto.

CATALINA.

No sé quién tiene la llave.

LA TISBE.

¿No? vuestro marido la tendrá.— ¡Monseñor Angelo, Angelo, Angelo!

Quiere dirigirse á la puerta del fondo; Catalina se interpone y la detiene.

CATALINA.

No, no tocareis á esta puerta: no la tocareis. Ningun daño os he hecho, ni sé por qué pretendeis hacérmelo á mí. Pero no me le hareis, me tendreis compasion. Aguardad un momento y os desengañareis, y os esplicaré lo que querais: un momento no mas. Desde que entrásteis aqui estoy estremecida, atemorizada; y luego vuestras espresiones, todo eso que me habeis dicho me tiene trastornada, sin sentido. Apenas he comprendido otra cosa, sino que decis que sois una cómica, que habeis dicho que yo soy una gran seño-

ra: nada mas sé; y os juro que nadie está en mi oratorio. No me habeis hablado de ese esbirro, que es el que tiene la culpa de todo: es un malvado que os engaña: un espía. ¿Y quién cree en un espía? Hacedme el favor de oirme un poco, que entre mugeres no se niega un favor: y yo espero que cedais á mis súplicas con mas bondad que si las dirigiera á un hombre. Sois muy hermosa para tener un corazon de bronce. Os decia, pues, que ese perverso, ese espía, ese esbirro... Nosotras nos entenderemos al momento, y asi no tendreis luego el pesar de haber sido causa de mi muerte. No desperteis á mi marido, porque me mataría. ¡Cuánta lástima me tendriais si supiéseis mi suerte! No hay culpa en mí; apenas tengo culga, podeis creerlo. Podré haber cometido alguna imprudencia, pero como no tengo madre: ¡ay, señora! no ten go madre. Compadecedme: no toqueis á esa puerta. Os lo pido, os lo suplico mil veces.

LA TISBE.

Todo es escusado, porque nada oigo. ¡Monseñor! ¡monseñor!

CATALINA.

Deteneos: por Dios, deteneos; porque mi muerte es segura. Dejadme siquiera un instante, unos cortos instantes para pedir á Dios misericordia. No me muevo de esta pieza. Voy á postrarme *Señalando el crucifijo.* ante ese señor crucificado. *Tisbe mira con atencion al crucifijo.* Por piedad, orad tambien conmigo. ¿No quereis? Venid, y si despues os empeñais en que muera, si Dios no os quita ese pensamiento, haced entónces lo que querais.

LA TISBE.

Arrojándose al crucifijo y quitándolo de la pared.

¿Cómo está aqui este crucifijo? ¿De dónde vino? ¿Cómo está en vuestro poder? ¿Quién os le dió?

CATALINA.

¡Quién me le dió, infeliz de mí! De nada os serviria el saberlo.

LA TISBE.

¿Cómo está en vuestro poder? Decidlo al instante.

La luz habrá quedado en el velador inmediato al balcon. Tisbe se acerca á ella y examina el crucifijo. Catalina se pone á su lado.

CATALINA.

Oidlo, pues; una muger me le dió. En la cruz está su nombre: miradlo: *Tisbe*, dice: yo no la conozco. Era una pobre muger que habian condenado á muerte. Pedí su indulto, y como era mi padre, me le concedió. Esto fue en Brescia, y yo era muy niña. Por Dios, no me perdais, señora, apiadaos de mí. Entónces la muger me dió el crucifijo, diciéndome que lo guardase, y nunca sería desdichada. Esto es lo que pasó: no hubo mas que lo que digo Pero esto ¿qué os importa? ¿Ni para qué me haceis contar cosas tan inútiles? ¡Ay! no puedo tenerme en pie.

LA TISBE.

Aparte.

¡Oh madre mia!

Ábrese la puerta del fondo, y sale Angelo con bata. Catalina viniéndose muy arriba del teatro.

CATALINA.

¡Mi marido! ¡Perdida soy!

ESCENA VI.

CATALINA. LA TISBE. ANGELO.

ANGELO.

Sin reparar en Tisbe, que se queda junto al balcon.

¿Qué sucede aqui, señora? Me parece que he oido ruido en esta habitacion.

CATALINA.

Señor...

ANGELO.

¿Y cómo no estais ya acostada á estas horas?

CATALINA.

Es porque...

ANGELO.

Estais temblando. Aqui hay alguien, señora.

LA TISBE.

Acercándose.

Ya se ve que hay. Soy yo, monseñor.

ANGELO.

¿Vos, Tisbe?

LA TISBE.

Yo misma.

ANGELO.

¿Vos aqui? ¿en medio de la noche¿ ¿Y cómo estais aqui, y á estas horas, y cómo es que la señora...

LA TISBE.

está temblando como una azogada? Al momento lo sabreis. Prestadme atencion, que la cosa lo merece.

CATALINA.

Aparte.

¡Infeliz! ya no hay remedio.

LA TISBE.

En pocas palabras; mañana por la mañana íbais á ser asesinado.

ANGELO.

¡Yo!

LA TISBE.

Cuando saliérais de este palacio para ir á mi casa: como que por lo comun vais solo. Esta noche misma me dieron el aviso; y sin perder momento vine á comunicarlo á esta señora, para que no os dejara salir de casa. Este es el motivo de hallarme aqui, de haber venido á esta hora, y de que la señora esté temblando.

CATALINA.

Aparte.

¡Dios piadoso! ¿qué muger es esta?

ANGELO.

¡Es posible! Mas ¿de qué me admiro? Mirad si os decia yo bien, que estoy siempre rodeado de peligros. ¿Y cómo lo supísteis, ó quién os dió el aviso?

LA LISBE.

Un desconocido, que me exigió primero la palabra de dejarle huir, y asi lo he cumplido.

ANGELO.

Mal hecho: se ofrece, y al mismo tiempo se manda prender. ¿Y cómo habeis podido entrar en este palacio?

LA TISBE.

El desconocido me acompañó, y me hizo entrar por una puerta pequeña, que está debajo del puente Molino.

ANGELO.

Bien: pero ¿cómo habeis podido llegar hasta aqui?

LA TISBE.

¡Gran dificultad! ¿Y la llave que vos mismo me dísteis?

ANGELO.

Pero me parece que no os dije que era de esta habitacion.

LA TISBE.

Sí tal; sino que no os acordais.

ANGELO.

Y esta capa, ¿de quién es?

LA TISBE.

Es una capa que me dió el desconocido para entrar en palacio. Tambien me dió un sombrero, y en verdad que no sé dónde le he echado.

ANGELO.

¡Cuando pienso que hay hombres desconocidos que entran en mi casa como se les antoja! ¡Terrible vida es esta mia! Siempre tengo un pie cogido en un lazo. Y decidme, Tisbe...

LA TISBE.

Monseñor, dejad las preguntas para mañana, que ya por esta noche os han salvado la vida, y no teneis mas que desear. Mejor es que penseis en darnos las gracias á esta señora y á mí.

ANGELO.

Disimuladme, Tisbe.

LA TISBE.

Mi litera me está aguardando á la puerta. ¿Quereis bajarme la escalera? Con eso dejaremos dormir á la señora.

ANGELO.

Como gusteis, doña Tisbe. Pero pasemos por mi cuarto, sino lo llevais á mal, y tomaré mi espada. *Asomándose á la puerta del fondo.* ¡Hola! luces.

LA TISBE.

Llevando á Catalina á un lado del teatro, la dice aparte.

Hacedle que marche sin perder momento por donde yo he venido. Ahí teneis la llave. *Mirando al oratorio. Aparte.* Esta puerta, ¡oh! ¡cuánto padezco! ¡Ni saber siquiera si efectivamente es él!

ANGELO.

Volviendo.

Cuando querais, señora.

LA TISBE.

Aparte.

¡Si al menos le pudiera ver salir! Pero no es posible. Es preciso marchar. *A Angelo.* Vamos, pues, monseñor.

CATALINA.

Viéndoles salir.

¿Es esto un sueño?

Jornada Tercera.

LO BLANCO POR LO NEGRO.

Personas.

ANGELO MALIPIERI.

CATALINA.

LA TISBE.

RODOLFO.

EL DEAN DE SAN ANTONIO DE PÁDUA.

EL ARCIPRESTE.

UN ALGUACIL.

DOS CELADORES DE NOCHE.

JORNADA TERCERA.

PRIMERA PARTE.

El dormitorio de Catalina: estarán corridas las cortinas de la cama.

ESCENA PRIMERA.

ANGELO. EL DEAN. EL ARCIPRESTE.

ANGELO.

Al dean.

Señor dean de San Antonio de Pádua, disponed que inmediatamente cuelguen de negro la nave principal, el coro y el altar mayor de la iglesia. De aqui á dos horas, dos horas, hareis celebrar un oficio solemne por el descanso del alma de una persona ilustre que estará muriendo entónces. Vos mismo oficiareis con asistencia de todo el cabildo. Mandad que se descubra la urna del cuerpo del Santo; que se enciendan trescientas hachas de cera blanca como en funeral de reina, y que concurran seiscientos pobres, dándose á cada uno un ducado de plata y un cequí de oro. El paño de la tumba no ha de tener mas adorno que las armas de los Malipieri, y las de los Bragadini. El escudo de Malipieri es águila en campo de oro, y el de Bragadini tiene faja azul y plata, con cruz roja.

DEAN.

Magnífico podestá...

ANGELO.

Ahora mismo hareis venir á todo vuestro clero, con cruz y ciriales, y bajareis al panteon de este palacio ducal donde estan los sepulcros de los Romana. Alli vereis una caja vacía y una sepultura abierta, la cual bendecireis. No perdais tiempo; y orad tambien por mí.

DEAN.

¿Es acaso algun pariente vuestro, monseñor?

ANGELO.

Haced lo que os digo. *El dean hace una cortesia muy reverente y se va por la puerta del fondo. El arcipreste quiere acompañarlo, y Angelo lo detiene.* Quedaos vos, señor arcipreste. Aqui cerca, en ese oratorio hay una persona á quien vais á confesar ahora mismo.

ARCIPRESTE.

¿Algun reo sentenciado, monseñor?

ANGELO.

Una muger.

ARCIPRESTE.

¿Y esta muger se ha de preparar para morir?

ANGELO.

Sí señor. — Venid conmigo.

UN ALGUACIL.

Al salir.

Aqui está doña Tisbe, á quien V. E. mandó llamar.

ANGELO.

Que entre y me aguarde un momento. *Vase el alguacil. El podestá abre el oratorio y hace señas al arcipreste para que entre. Al llegar al umbral, le detiene.* Señor arcipreste, la vida os va en ello. Cuando salgais de aqui, cuida—

do cómo decis á persona humana el nombre de la muger que vais á ver.

Entran ambos en el oratorio: ábrese la puerta del fondo, y el alguacil introduce á la Tisbe.

LA TISBE.

Al alguacil.

¿Sabeis para qué me llama?

ALGUACIL.

No señora. *Vase.*

ESCENA II.

LA TISBE.

¡Este cuarto! ¡otra vez en este cuarto! ¿Qué me querrá el podestá? Aspecto triste tiene hoy el palacio: y á mí ¿qué me importa? Por un sí ó por un no daria mi vida. ¡Ah! ¡esta puerta! ¡qué conmocion me causa ver esta puerta! ¡Detras de ella estaria él! ¿Quién? ¿quién estaba detras de esta puerta? ¿Tengo yo alguna seguridad de que fuese él? ¿Él y no otro? Ni he vuelto á ver á ese espía. ¡Cruel incertidumbre! ¡fantasma horroroso que no se aparta de mí, y que me mira con ojos inmóviles, en que no se asoma ni la risa ni el llanto! ¡Si yo pudiese saber que en efecto era Rodolfo! ¡Si estuviese segura de que lo era! ¡Si tuviese algunas pruebas...! ¡Oh! sería hombre perdido: lo denunciaba al podestá. Eso no. Me vengaria de esa muger: tampoco. Me mataria, eso sí. Convencida una vez de que Rodolfo no me ama, de que me engaña, de que ama á otra, ¿para qué me serviria la vida? Entónces me sería indiferente morir. ¿Y sin vengarme? ¿Por qué no? Diga yo ahora lo

que quiera, conozco que soy muy capaz de tomar una venganza. ¿Puedo acaso responder de lo que haria si estuviese segura de que el hombre de esta noche era Rodolfo? ¡Dios mio! libradme de un momento de furor. ¡Rodolfo! ¡Catalina! ¡Si fuese cierto! ¿qué haria yo? ¡Cómo! ¿qué haria? Matar: pero ¿á quién? ¿á ellos, ó á mí? No lo sé.

Sale Angelo.

ESCENA III.

LA TISBE. ANGELO.

LA TISBE.

¿Me habeis mandado llamar, monseñor?

ANGELO.

Sí, Tisbe. Tengo que hablaros, y de cosas muy graves. Os lo tengo dicho; en esta vida que llevo, no hay dia que no me armen un lazo, ó no me preparen una traicion: no hay dia que no me vea espuesto á perecer por el puñal de un asesino, ó que no me vea obligado á mandar derribar la cabeza de un delincuente. En pocas palabras, Tisbe, mi muger tiene un amante.

LA TISBE.

¿Cómo se llama?

ANGELO.

Que se hallaba con ella en este cuarto cuando nosotros estábamos anoche aqui.

LA TISBE.

¿Cómo se llama?

ANGELO.

La cosa se ha descubierto de este modo. Un hom-

bre, un espía del consejo de los Diez... Antes debo deciros que los espías del consejo de los Diez se encuentran en una posicion muy singular con respecto á nosotros los podestás de tierra firme. El consejo les prohibe, bajo pena de la vida, el escribirnos, el hablarnos, y el tener comunicacion con nosotros, hasta que llegue el dia en que reciban la orden de prendernos. Pues á uno de estos espías se encontró esta mañana cosido á puñaladas á la orilla del agua cerca del puente Altina. Los dos celadores de noche fueron los que le encontraron. ¿Ha sido desafio, ó asesinato? No se sabe. El esbirro no pudo pronunciar mas que algunas palabras, porque estaba espirando, y muy luego espiró. La desgracia es que haya muerto. Al tiempo de herirle, por lo que se infiere, tuvo bastante serenidad para conservar guardada una carta, que sin duda acababa de interceptar, y que entregó para mí á los celadores. Estos me la han traido, y es una carta escrita á mi muger por un amante.

LA TISBE.

¿Cómo se llama?

ANGELO.

La carta no tiene firma. Me preguntais cómo se llama el amante: ahí estan mis dudas. El hombre asesinado lo dijo muy bien á los celadores, pero estos necios lo han olvidado, y ya no pueden acordarse. Cada uno de ellos dice un nombre distinto. El uno Roderigo: el otro Pandolfo.

LA TISBE.

Y la carta, ¿la teneis ahí?

ANGELO.

Registrándose.

Sí, aqui la tengo. Cabalmente os he hecho venir

para enseñárosla, y que me digais si por casualidad conoceis la letra. *Saca la carta.* Esta es.

LA TISBE.

Dádmela.

ANGELO.

Arrollando la carta entre sus manos.

Pero ¿en qué horrible agitacion me encuentro, Tisbe? ¡Hay un hombre que se ha atrevido á poner sus ojos en la muger de un Malipieri! ¡Hay un hombre que ha osado echar una mancha en el libro de oro de Venecia, y en su página mas hermosa; en el lugar donde está mi nombre! ¡el nombre de Malipieri! ¡Hay un hombre que estuvo anoche dentro de este cuarto, que puso sus plantas donde quizá yo tengo ahora las mias! ¡Hay un miserable que ha escrito esta carta! ¡y no caerá entre mis manos! ¡y no lograré que la venganza borre mi afrenta! ¡y un rio de la sangre de ese hombre no lavará este suelo que ha profanado! Lo digo, Tisbe: por saber quién ha escrito esta carta daria la espada de mi padre, y diez años de mi vida, y mi mano derecha.

LA TISBE.

Pero acabad de darme la carta.

ANGELO.

Dejándosela coger.

Tomadla.

LA TISBE.

Abre la carta, y la da una ojeada.

Aparte.

¡Es de Rodolfo!

ANGELO.

¿Conoceis la letra?

LA TISBE.

Dejadme que la lea. *Lee.*

"Mi amada Catalina. ya ves que Dios nos favorece. Por un milagro nos hemos salvado esta noche de tu marido y de esa muger..." *Aparte.* ¡De esa muger! *Continúa leyendo.* "Mucho te amo, Catalina mia. Tú eres la única muger que he amado. No tengas ningun temor por mí, que estoy libre de todo riesgo."

ANGELO.

Y bien, ¿conoceis la letra?

LA TISBE.

Devolviéndole la carta.

No, monseñor.

ANGELO.

¿Con que no? Y ¿qué decís de la carta? Ella ha de ser de algun hombre que esté recien venido á Pádua, y su estilo indica que este amor es viejo. ¡Oh! yo haré registrar toda la ciudad, y no podrá escapárseme. ¿Qué me aconsejais, Tisbe?

LA TISBE.

Que le busqueis.

ANGELO.

Ya he dado órden de que nadie pueda entrar hoy libremente en el palacio, como no seais vos ó vuestro hermano, por si le necesitais para algo. Que á cualquiera otro se le arreste al instante, y se le conduzca á mi presencia para que yo le examine. Entre tanto la mitad de la venganza está en mi mano; y desde luego voy á tomarla.

LA TISBE.

¿Cuál es?

ANGELO.

Hacer que muera mi muger.

LA TISBE.

¿ Vuestra muger?

ANGELO.

Todo está ya listo, y no pasará una hora sin que Catalina Bragadini sea decapitada como corresponde.

LA TISBE.

¡ Decapitada!

ANGELO.

Y aqui mismo.

LA TISBE.

¿ En este cuarto?

ANGELO.

Oidme. La mancha que ha caido en mi lecho lo trueca en un sepulcro. Esa muger debe morir, y asi lo he decidido: y tan serenamente lo he decidido, que será irrevocable esta resolucion. Me siento sin cólera; y sería en balde recurrir á la súplica. Mi mejor amigo, si yo tuviese algun amigo, que intercediera por ella, le miraria al momento con desconfianza. Dicho esto, hablemos ahora de lo que querais. Y sabedlo, Tisbe, aborrezco á esa muger. Si me enlacé con ella fue por razones de familia; porque mis rentas se hallaban muy empeñadas con mis embajadas, y tambien por complacer á mi tio el obispo de Castello. Nunca he visto alegre la cara de esa muger, ni á ella contenta delante de mí. Tampoco ha tenido hijos. Y sobre todo, el aborrecer es una cualidad de nuestra sangre, de nuestras familias, de nuestras tradiciones. Malipieri, y no aborrecer, imposible. Antes se echará á volar desde su columna el leon de San Márcos que el odio se desarraigue del corazon de los Malipieri. Mi abuelo aborrecia al marqués de Azzo, y le hizo sumergir en un pozo de Venecia. Mi padre aborrecia al

procurador Baodoer, y dispuso que le envenenaran con un confite de la reina Cornaro. Y yo aborrezco á esa muger. De motu propio nunca la hubiera hecho daño; pero ha delinquido; y pues es suya la culpa, que sufra la pena. Tal vez yo no valdré mucho mas que ella: no entro en disputa; pero ella morirá. Es necesario, y está resuelto. Os aseguro que esta muger morirá. ¡Perdon para ella! Si me lo pidieran los huesos de mi madre, no lo conseguirian.

LA TISBE.

Pero ¿la serenísima señoría de Venecia os permitirá...

ANGELO.

Para perdonar, nada; para castigar, cuanto quiera.

LA TISBE.

Pero ¿los Bragadini, la familia de vuestra muger...

ANGELO.

Me darán gracias.

LA TISBE.

Ya veo que estais resuelto, y que morirá: enhorabuena. Haceis muy bien. Pero ya que nada se ha traslucido hasta ahora, y que nadie sabe la persona que es, ¿no podria evitarse á un tiempo, ella el suplicio, este palacio una mancha de sangre, y vos los rumores y la nota pública? El verdugo es un testigo, y un solo testigo está aqui de mas.

ANGELO.

Mejor sería un veneno; pero rápido, violento; y, aunque no lo creais, no tengo ninguno.

LA TISBE.

Pues yo le tengo.

ANGELO.

¿Dónde?

LA TISBE.

En mi casa.

ANGELO.

¿Y qué veneno es?

LA TISBE.

El de Malaspina. Ya lo sabeis: el de la caja que me regaló el primiciero de San Márcos.

ANGELO.

Ya me acuerdo que me hablásteis de él. Es un veneno seguro y pronto, y teneis razon de aconsejarme que esto no salga de nosotros: es mucho mejor. Teneis toda mi confianza, Tisbe, y conocereis que es justo lo que me veo obligado á hacer, porque se trata de vengar mi honor; y cualquier hombre haria lo propio en mi lugar. Considerad lo crítico de mi situacion; que no tengo aqui mas amigo que vos, ni otra persona de quien fiarme La pronta ejecucion y el secreto interesa á la par á esa muger y á mí. Ayudadme, ya que os necesito y os lo pido. ¿Lo hareis?

LA TISBE.

Sí.

ANGELO.

Desaparezca esa muger sin que se sepa cómo ni por qué. La sepultura está abierta, y el oficio de difuntos se celebrará; pero nadie sabrá por quién. Yo dispondré que el cadáver sea llevado por esos celadores de noche, que no he permitido salgan de palacio ni comuniquen con nadie. Decís muy bien: todo esto debe envolverse en el mas profundo misterio. Enviad por ese veneno.

LA TISBE.

Yo sola sé dónde está, y es preciso que vaya á buscarle.

ANGELO.

Id, y me quedaré aguardando. *Vase la Tisbe.* Sí, esto es lo mejor pensado. En las tinieblas se cometió el delito, y en la oscuridad debe ser el castigo. *Se abre la puerta del oratorio, y el arcipreste sale con la cabeza baja y las manos cruzadas sobre el pecho. Atraviesa lentamente el teatro, y en el momento en que va á salir por la puerta del fondo, Angelo se dirige hácia él.* ¿Está ya dispuesta?

ARCIPRESTE.

Sí, monseñor.

Vase, y Catalina se presenta al mismo tiempo en la puerta del oratorio.

ESCENA IV.

ANGELO. CATALINA.

CATALINA.

¡Dispuesta! ¿á qué?

ANGELO.

Á morir.

CATALINA.

¡Á morir! ¡y es verdad! ¡y es posible! No puedo convenir con esa idea. ¡Morir! No señor, no estoy dispuesta; no lo estoy, ni lo estaré nunca.

ANGELO.

¿Qué tiempo necesitais para prepararos?

CATALINA

¡Yo! no lo sé: muchísimo tiempo.

ANGELO.

¿Os faltará el ánimo, señora?

CATALINA.

¡Morir tan temprano! ¿qué he hecho yo que merezca la muerte? Nada, bien sé que nada. ¡Señor! ¡señor! concededme un dia! Pero no, ¿para qué quiero un dia? Conozco que no puedo tener mañana mas valor que hoy. ¡La vida! Dejádmela, no me la quiteis. Un convento... ¿Es acaso imposible que me concedais la vida?

ANGELO.

No: puedo concedérosla, pero es con una condicion. Ya os lo he dicho.

CATALINA.

¿Cuál? No me acuerdo.

ANGELO.

¿Quién ha escrito esta carta, decidme? ¿quién es? ¿cómo se llama este hombre?

CATALINA.

Cruzando las manos.

¡Dios mio!

ANGELO.

Si me decís quién es este hombre, vivireis. Él irá á un cadalso, vos á un convento, y esto bastará. Resolveos.

CATALINA.

¡Dios mio!

ANGELO.

¡Qué! ¿no me respondeis?

CATALINA.

Sí, ya os respondo. ¡Dios mio!

ANGELO.

Pero decidíos, señora.

CATALINA.

Me he quedado yerta en el oratorio. Estoy helada.

ANGELO.

Señora, quiero usar de bondad con vos. Teneis una hora; una hora todavía, en cuyo tiempo estareis sola, y nadie entrará aqui. Empleadle en meditar: ahí queda la carta; *Pónela sobre la mesa.* escribid en ella cómo se llama ese hombre, y salvareis la vida. ¡Catalina! considerad que os habla un hombre de mármol: es preciso ó descubrirle, ó perecer. Elegid, pues teneis una hora.

CATALINA.

¡Un dia siquiera!

ANGELO.

Una hora.

ESCENA V.

CATALINA.

Esta puerta... *Se dirige á ella.* ¡Ay! ¡que oigo echar el cerrojo! *Dirigese al balcon.* Este balcon... *Mirando.* ¡Jesus! ¡qué alto! *Déjase caer en un sillon.* ¡Morir! ¡Dios mio! ¡qué idea tan terrible es esta, cuando nos asalta de repente, y cuando menos lo pensábamos! ¡No tener mas que una hora de vida, y decirse á sí misma: dentro de una hora moriré! ¡Solo quien lo pasa puede saber lo horroroso que es esto! Tengo descoyuntados todos los miembros. No puedo estar en este sillon. *Levántase.* Quizá descansaré mejor en la cama. ¡Si pudiera dormir un rato! *Dirigese á la cama.* ¡Unos momentos de descanso! *Descorre las cortinas y retrocede aterrada. En lugar de la cama hay un tajo cubierto con un paño negro y una hacha*

encima. ¡Dios de mi alma! ¡qué es lo que veo! ¡qué horror! *Corre las cortinas con un movimiento convulsivo.* ¡No, no quiero verlo! ¡Esto es para mí! ¡para mí, Dios mio! ¡Y estoy sola aqui con esto! *Déjase caer en el sillon.* ¡Detras de mí! por detras de mí... No me atrevo á volver la cabeza. ¡Perdon! perdon! ¡Ay! esto no es sueño; ¡la realidad es! Ahí está eso detras de las cortinas, que lo dice muy claro.

Abrese la puerta del fondo, y sale Rodolfo.

ESCENA VI.

CATALINA. RODOLFO.

CATALINA.

Aparte.

¡Cielos! ¡Rodolfo!

RODOLFO.

Adelantándose.

Sí, Catalina, yo soy. Un instante no mas. Estás sola: ¡qué dicha...! Pero ¿por qué tan pálida? ¿Tienes algun motivo de sobresalto?

CATALINA.

Sobrados tengo. Eres muy imprudente en arrojarte á venir aqui de dia.

RODOLFO.

Estaba muy zozobroso, y no he podido resistir mas.

CATALINA.

¡Zozobroso! ¿de qué?

RODOLFO.

¡Oye, Catalina mia...! Muy feliz soy en verte tan sosegada.

CATALINA.

¿Cómo has entrado?

RODOLFO.

Con la llave que me diste anoche.

CATALINA.

Bien: lo que pregunto es, en el palacio.

RODOLFO.

Eso me tiene bastante inquieto. Ninguna dificultad hallé al entrar, y creo no me suceda lo mismo para la salida.

CATALINA.

¿Cómo?

RODOLFO.

El capitan de la guardia me advirtió á la puerta, que nadie podria salir hasta la noche.

CATALINA.

¡Nadie hasta la noche! *Aparte.* ¡Con que no es posible huir, Dios mio!

RODOLFO.

Todo el palacio está lleno de alguaciles: no hay una pieza sin ellos: parece esto una cárcel. Pude introducirme en la galería grande, y por allí he venido. Pero dime, ¿estás tú cierta de que no hay novedad?

CATALINA.

No; nada: vive tranquilo, Rodolfo mio: estamos como siempre. Ya puedes ver que no hay ninguna mudanza en este cuarto. Pero vete al momento, no venga el podestá.

RODOLFO.

Por eso no temas, Catalina. El podestá quedaba ahora en el puente Molino: yo le vi allí. Estaba hablando con algunas personas que le habian presentado. Pero ¡yo tengo un desasosiego! Me parece que to-

do tiene un aspecto tan triste: lo mismo en la ciudad que aqui. Patrullas de alabarderos y soldados venecianos recorren las calles. La iglesia de San Antonio está colgada de negro, y estan cantando un oficio de difuntos. Por quién, todos lo ignoran: ¿lo sabes tú?

CATALINA.

No.

RODOLFO.

No he podido entrar en la iglesia. Las gentes estan sobrecogidas, y todos hablan muy bajo. No lo dudes: alguna cosa estraordinaria está sucediendo. No sé lo que es; pero no es aqui; y esto me basta. ¡Amada mia! en esta soledad tú no sabes nada de lo que pasa.

CATALINA.

No.

RODOLFO.

Y tambien á nosotros ¿qué nos importa? Pero di, ¿te has repuesto del susto de anoche? ¡Qué lance! Todavía es y no puedo comprenderle. Ya estás libre de ese malvado esbirro, Catalina. No volverá á hacerte daño.

CATALINA.

¿Qué dices?

RODOLFO.

Que ya murió. Pero, Catalina, tú tienes algo: sí, alguna novedad ocurre. Estás muy triste: ¿por qué me lo ocultas? La verdad, ¿no te sucede nada? Porque primero acabarian con mi vida que tocar á la tuya.

CATALINA.

No, no hay nada. Te juro que nada me sucede. Solo que quisiera te marchases al instante. Me estremezco por tí.

RODOLFO.

¿Qué estabas haciendo cuando yo vine?

CATALINA.

Por Dios que te tranquilices, Rodolfo mio: no estoy triste: al contrario: me estaba recordando el romance que cantas tan bien. Mira si es verdad: ahí está todavía la guitarra.

RODOLFO.

Esta mañana te escribí una carta. Encontré á Reginela, á quien se la dí. Espero que no la hayan interceptado: ¿la has recibido?

CATALINA.

Tanto la he recibido, que ahí la tienes. *Enseñándosela.*

RODOLFO.

La recibiste: me alegro. Cuando se escribe una carta no hay quietud hasta saber el recibo.

CATALINA.

¡Guardadas todas las puertas del palacio! ¡no poder salir nadie hasta la noche!

RODOLFO.

Nadie: te lo he dicho: esa es la órden.

CATALINA.

Pues bien, ya me has hablado, ya me has visto, ya estás tranquilo, ya ves que si en el pueblo hay alguna agitacion, aqui todo está en el mayor sosiego: ahora márchate, Rodolfo mio; yo te lo pido. ¡Si el podestá viniese! Pronto, vete. Y ya que no puedes salir del palacio hasta la noche, yo misma te pondré bien la capa: asi: el sombrero en la cabeza; y cuando pases por delante de los esbirros, con mucha serenidad; como de costumbre, sin dar el menor indicio de afectacion ni de cuidado. La mucha precaucion suele ven-

dernos. Y atiende, si te piden que escribas alguna cosa, como por casualidad; si algun esbirro, bajo cualquiera pretesto, te incitase á coger la pluma, guárdate muy bien, mira que es un lazo que te tienden, y no escribas ni una letra.

RODOLFO.

¿Y por qué me haces esa prevencion?

CATALINA.

¿Por qué? Porque no quiero que nadie conozca tu letra. Ya sabes que las mugeres tenemos presentimientos, aprensiones; y esta es una que yo tengo ahora. Te agradezco que hayas venido; que hayas entrado; que hayas estado aqui: ¡he tenido el placer de verte! Ya ves que estoy tranquila, alegre, contenta; que aqui estan mi guitarra y tu carta: con que, marcha al instante. Quiero que te vayas. Oye solo una palabra.

RODOLFO.

¿Qué quieres?

CATALINA.

Ya sabes, Rodolfo, que jamas te concedí favor alguno contra mi virtud: tú lo sabes.

RODOLFO.

¿Y por qué me lo dices?

CATALINA.

Porque yo soy quien te va á pedir hoy uno. Dame un abrazo.

RODOLFO.

Abrazándola.

¡Esta es una felicidad venida del cielo!

CATALINA.

Sus puertas parece que se abren.

RODOLFO.

¡Qué inmensa felicidad!

CATALINA.

¿Eres feliz?

RODOLFO.

Sí.

CATALINA.

Pues vete ahora, Rodolfo mio.

RODOLFO.

¡Gracias!

CATALINA.

¡Á Dios! ¡Rodolfo! *Ya en la puerta, Rodolfo se detiene.* ¡Yo te amo! *Vase Rodolfo.*

ESCENA VII.

CATALINA, Solo.

¡Huir con él! Lo pensé un momento; pero es imposible, y ademas le perdería inútilmente. ¡Dios mio! ¡que nada le suceda! ¡que los esbirros no le detengan! ¡que logre salir á la noche! Sí lo logrará, que no hay razon para que recaiga en él ninguna sospecha. ¡Sálvale tú, Dios mio! *Pónese á escuchar á la puerta del corredor.* Todavía oigo sus pasos: nadie le detiene. Nada mas quiero: no corra riesgo mi Rodolfo, y basta. *Abrese la puerta grande.* ¡Cielos!

Salen Angelo y Tisbe.

ESCENA VIII.

CATALINA. ANGELO. LA TISBE.

CATALINA.

Aparte.

¿Qué muger es esta? ¡Es la de anoche!

ANGELO.

¿Habeis meditado ya, señora?

CATALINA.

Sí señor.

ANGELO.

Ó morir, ó descubrir quién es el hombre que escribió la carta. ¿Estais dispuesta á decirme quién es, señora?

CATALINA.

Ni un solo momento he pensado en ello, señor.

LA TISBE.

Aparte.

Catalina es una muger noble y valiente.

ANGELO.

Hace señas á Tisbe, y ésta le da una redomita de plata, que él pone sobre la mesa.

Entónces os bebereis eso.

CATALINA.

¿Es un veneno?

ANGELO.

Sí señora.

CATALINA.

¡Oh Dios mio! llegará el dia en que juzgues á este hombre; perdónalo, yo te lo pido.

ANGELO.

Señora, el proveditor Urseolo, un Bragadini, un abuelo vuestro, hizo morir á Marcela Galbai, su muger, del mismo modo, y por el mismo delito.

CATALINA.

Hablemos sin rodeos. No tratamos ahora de los Bragadini, sino de vos, que sois un infame, que con la mayor frialdad venís á presentarme un veneno. ¡Delincuente! No lo soy, y mucho menos como vos pensais. Ni me abatiré hasta justificarme, ni vos, acostumbrado á mentir, me creeríais tampoco. Os desprecio, como mereceis. Os casásteis conmigo por mi dinero; porque era rica; porque pertenece á mi familia el derecho sobre el agua de las cisternas de Venecia. "Por aqui aseguro cien mil ducados de renta al año," dijísteis; "casémonos con esta muger." ¿Y cuál ha sido mi vida en estos cinco años? decídmelo. No me amais: teneis zelos de mí: me guardais encerrada en una prision: teneis cuantas damas os acomodan: para vos todo es lícito. ¡Qué no lo es para los hombres! Conmigo siempre áspero; siempre taciturno, y nunca una palabra buena. Hablando continuamente de vuestros abuelos; de los duxes que ha habido en vuestra familia; y solo para humillar á la mia. ¡Y pensais que este es el modo de hacer feliz á una muger! ¡Ah! ¡solo quien haya padecido lo que yo puede saber cuál es la suerte de las mugeres! Pues bien, sabedlo: antes de conoceros amé á un hombre, y le amo todavía. Por esto quereis matarme; y si teneis derecho para hacerlo, preciso es confesar que vivimos en un tiempo horrible. Para vos es una satisfaccion; lo es el tener una carta, un pedazo de papel, un pretesto. Muy bien. Sois mi juez y mi verdugo. En las tinieblas; en

secreto; con el veneno; ¡teneis la fuerza! ¡Qué villanía! *Dirigiéndose á la Tisbe.* ¿Qué pensais de este hombre, señora?

ANGELO.

Mirad lo que decis.

CATALINA.

A la Tisbe.

¿Y vos quién sois? ¿qué me quereis? ¡Noble conducta es la vuestra! Sois la dama de mi marido; os interesa acabar conmigo; me habeis hecho espiar; me habeis sorprendido en un inocente desliz; y me poneis el pie en la cabeza. Ayudais á mi marido en su proyecto abominable, y... ¿quién sabe? Quizá le habreis proporcionado tambien el veneno. *A Angelo.* ¿Qué pensais, señor, de esta muger?

ANGELO.

Señora...

CATALINA.

Á la verdad que todos tres somos de un pais execrable. Muy odiosa debe ser la república donde haya hombre que pueda oprimir impunemente á una muger desdichada, como vos lo haceis conmigo, y donde los demas hombres le digan, *has hecho bien.* Foscari hizo morir á su hija, Loredano á su muger, Bragadini... ¡Puede haber cosa mas infame! Sí, toda Venecia se encuentra ahora en este aposento: toda Venecia reasumida en vosotros dos: nada falta de ella. *Señalando á Angelo.* Venecia déspota, alli. *Señalando á Tisbe.* Venecia cortesana, aqui. *A Tisbe.* Y si creeis, señora, que avanzo mucho en lo que digo, tanto peor para vos: ¿por qué estais aqui?

ANGELO.

Cogiéndola del brazo.

Vamos, señora, acabemos pronto.

CATALINA.

Se acerca á la mesa donde está el pomo.

Está bien. Voy á cumplir vuestra voluntad, *Alarga la mano hácia el pomo.* ya que es preciso. *Retrocede.* Pero no; ¡esto es horroroso! No quiero, ni puedo querer nunca. Señor, pensadlo mas, ya que hay tiempo todavía; y pues teneis tanto poder, meditadlo mejor. Una muger, una muger que se encuentra sola, abandonada, que no tiene fuerza, que no hay quien la defienda, que se ve aqui sin parientes, sin familia, sin amigos, sin nadie, ¡asesinarla! ¡envenenarla villanamente en un rincon de su casa! ¡Madre! ¡Madre mia! ¡Madre de mi alma!

LA TISBE.

¡Pobre muger!

CATALINA.

¡Decis, pobre muger, señora! Lo habeis dicho: lo he oido muy bien. No me digais que no lo habeis dicho: teneis compasion de mí, señora: sí, compadeceos: ya veis que me quieren asesinar. ¿Y tendríais vos alguna parte en esto? Ni es posible, ni yo lo creo. Escuchadme os diré lo que ha sido; os lo contaré todo; y despues se lo direis al podestá. Decidle que lo que hace conmigo es una cosa horrible; y aunque es muy natural que yo lo diga, tendrá mas fuerza diciéndolo vos. Muchas veces basta una palabra de una persona estraña para que un hombre entre en razon. Si os ofendí antes, os pido que me lo perdoneis. Nunca he hecho nada malo, señora: nada malo: ni nunca falté á la virtud. Vos me entendeis, sí; lo conozco; pero

no puedo decir esto á mi marido. Los hombres no quieren nunca creernos, bien lo sabeis; y eso que les decimos muchas veces la verdad. No me digais que tenga valor: no me lo digais. ¿Puedo estar yo obligada á tener valor? No me avergüenzo de decir que soy una muger muy débil, y á quien todos deben compadecer. Lloro porque tengo miedo á la muerte. No es culpa mia.

ANGELO.

Señora, que no puedo aguardar mas tiempo.

CATALINA.

¡Ah! ¡no me interrumpais! *A Tisbe.* Ya veis que me está interrumpiendo. Esto no es justo. Ha visto que os estaba diciendo cosas que debian conmoveros, y no quiere que hable, y me corta la palabra. *A Angelo.* Sois un monstruo.

ANGELO.

Ya esto es demasiado. Catalina Bragadini, el crímen cometido, pide un castigo; la sepultura abierta, un cadáver; y el marido ultrajado, á la muger muerta. En balde son todas tus palabras. Lo juro por ese Dios que está en los cielos. *Señalando al veneno.* ¿Le tomais, señora?

CATALINA.

No.

ANGELO.

¿No? Bien. Será mi primera idea. Las espadas. ¡Troilo! Que me traigan al instante... Yo mismo iré.

Sale violentamente por la puerta del fondo, que se oye cerrar con estrépito.

ESCENA IX.

CATALINA. LA TISBE.

LA TISBE.

Oidme, pronto: no tenemos mas que un instante. Ya que sois la que él ama, solo se debe pensar en vos. Haced lo que os manda, porque de no, os perdeis: no puedo esplicarme con mas claridad, pues no estais en vuestro juicio. Porque se me escapó la espresion de "pobre muger," la repetísteis á gritos, como una loca, delante del podestá, á quien esto podia inspirar sospechas. Si os dijese algo, como os encontrais en un estado tan violento, cometeríais alguna imprudencia, y todo se perdería. Haced lo que os dicen, y bebed. Mirad que las espadas no perdonan: no resistais. ¿Qué quereis que os diga? Sois la amada, y quiero que alguien me viva agradecido. No comprendeis lo que os estoy diciendo; y sin embargo al decirlo se me despedaza el corazon.

CATALINA.

Señora...

LA TISBE.

Haced lo que os mandan: ninguna resistencia; ni una palabra. Sobre todo que vuestro marido no llegue á desconfiar de mí: ¿me entendeis? No me atrevo á deciros mas por esa manía de hablarlo todo. Es verdad que hay en este cuarto una pobre muger que debe morir; pero no sois vos. Todo está dicho.

CATALINA.

Haré lo que querais, señora.

LA TISBE.

Bien. Ya oigo que vuelve. *La Tisbe se va á la puerta del fondo en el momento en que se abre.* ¡Solo, solo! Entrad solo.

Se ven algunos esbirros con espadas desnudas en la pieza inmediata. Sale Angelo, y ciérrase la puerta.

ESCENA X.

CATALINA. LA TISBE. ANGELO.

LA TISBE.

Está conforme en tomar el veneno.

ANGELO.

A Catalina.

Pues bien; al momento, señora.

CATALINA.

Tomando el pomo. A Tisbe.

Yo sé que sois la querida de mi marido; y si vuestra idea fuese una traicion, un deseo de perderme, la ambicion de ocupar mi lugar, que haríais muy mal en apetecer, vuestra accion sería abominable, señora; y por duro que sea morir á los veinte y dos años, mejor lo quiero, que hacer yo lo que haceis conmigo. *Bebe.*

LA TISBE.

Aparte.

¡Qué de palabras inútiles, Dios mio!

ANGELO.

Dirigiéndose á la puerta del fondo, y entreabriéndola.

Marchaos.

CATALINA.

¡Ay! esta bebida me hiela la sangre. *Mirando fija-*

mente á Tisbe. ¡Señora! *A Angelo.* ¿Estais ya contento? Sé que voy á morir, y ya no os temo: ahora sí os lo diré, á vos, que sois mi verdugo, como muy pronto lo diré á Dios: he amado á un hombre; pero está sin mancha mi virtud.

ANGELO.

No lo creo, señora.

LA TISBE.

Aparte.

Yo sí lo creo.

CATALINA.

Me faltan las fuerzas... No, ese sillon, no. No me toqueis: ya os lo he dicho, sois un infame. *Con andar vacilante se dirige á su oratorio.* Quiero morir de rodillas, delante del altar que está alli: morir sola, con sosiego, sin que me vea ninguno de los dos. *Llega á la puerta y se apoya en ella.* Quiero morir pidiendo á Dios *A Angelo.* por vos, señor. *Entra en su oratorio.*

ANGELO.

¡Troilo! *Sale un alguacil.* Toma en mi papelera la llave de la sala secreta: ábrela, y los dos hombres que encontrarás alli, tráemelos sin hablarles una palabra. *Vase el alguacil. A Tisbe.* Ahora tengo que ir á examinar las personas detenidas. Luego que dé mis órdenes á los dos celadores de noche, que van á venir, quedará á vuestro cuidado el disponer todo lo demas. Tisbe, sobre todo el secreto.

Salen los dos celadores, y el alguacil que los introduce se retira.

ESCENA XI.

ANGELO. LA TISBE. LOS DOS CELADORES.

ANGELO.

A los celadores.

Diferentes veces habeis sido empleados en la ejecucion de las sentencias que se han verificado de noche en este palacio, y ya sabeis cuál es el panteon de los sepulcros.

UN CELADOR.

Sí, monseñor.

ANGELO.

¿Y sabeis vosotros si hay algun camino tan oculto que, por ejemplo, hoy que está esto lleno de soldados, podais bajar á ese subterráneo, entrar en él, y despues salir de palacio sir ser vistos de nadie?

EL CELADOR.

Entraremos y saldremos sin que nadie nos vea, monseñor.

ANGELO.

Bien. *Entreabre la puerta del oratorio. A los celadares.* Ahí está una muger muerta. Vais á llevarla secretamente al subterráneo: allí encontrareis una losa levantada, y una sepultura abierta: pondreis á la muger en la sepultura, y á la losa en su lugar. ¿Oís?

EL CELADOR.

Sí, monseñor.

ANGELO.

Teneis que pasar por mi cuarto. Voy á hacer salir la gente que está en él. *A Tisbe.* Cuidad de que todo se haga con secreto. *Vase.*

LA TISBE.

Sacando una bolsa. A los dos hombres.

En esta bolsa hay doscientos cequíes de oro: son para vosotros, y mañana doble cantidad, si haceis bien lo que voy á deciros.

EL CELADOR.

Tomando la bolsa.

Ajuste hecho. ¿Qué tenemos que hacer?

LA TISBE.

Lo primero ir al subterráneo.



SEGUNDA PARTE.

Un dormitorio, y en el fondo una cama con colgadura. A cada lado una puerta: la de la derecha disimulada. Mesas, muebles, sillones ocupados con máscaras, abanicos, estuches medio abiertos, y trages de teatro.

ESCENA PRIMERA.

LA TISBE. LOS DOS CELADORES. UN PAGE NEGRO. CATALINA, envuelta en una sábana y puesta en la cama, viéndosela sobre el pecho el crucifijo de metal.

La Tisbe toma un espejo, lo aplica al rostro de Catalina, de modo que se vea su palidez.

LA TISBE.

Al page negro.

Acércate con esa luz. *Pone el espejo delante de la cara de Catalina.* Ya estoy tranquila. *Corre las cortinas de la cama. A los celadores.* ¿Estais seguros de que nadie os ha visto en el camino de palacio aqui?

UN CELADOR.

La noche estaba oscurísima, y la ciudad desierta á estas horas. Bien podeis creer que no hemos encontrado á nadie, señora. Vos misma nos vísteis poner la caja en la sepultura, y taparla con la losa. No temais nada. Nosotros no sabemos si esa muger está muerta; pero lo cierto es que para todo el mundo descansa en el sepulcro. Podeis hacer de ella lo que mas os acomode.

LA TISBE.

Está bien. *Al page negro.* ¿Dónde están los vestidos de hombre que te mandé disponer?

EL PAGE.

Señalando un envoltorio que está á lo lejos.

Alli estan, señora.

LA TISBE.

Y los caballos que te encargué, ¿estan ya en el patio?

EL PAGE.

Con las sillas y las bridas puestas.

LA TISBE.

Y los caballos, ¿son buenos?

EL PAGE.

Yo respondo, señora.

LA TISBE.

Muy bien. *A los celadores.* Decidme: ¿qué tiempo se necesita, con buenos caballos, para salir del territorio de Venecia?

UN CELADOR.

Conforme. Si es por lo mas corto, dirigiéndose á Montebacco, que es dominio del Papa, con tres horas basta: es muy buen camino.

LA TISBE.

Bueno: marchaos ya. Cuidado con el secreto, y venid mañana temprano á recibir el premio ofrecido. *Vanse los celadores. Al page.* Tú, vé y cierra la puerta de la calle; y sea quien fuere, no me dejes entrar á nadie.

EL PAGE.

¿Y cierro tambien la otra puerta por donde no entra mas que el señor Rodolfo?

LA TISBE.

Esa no, déjala como está; y si viene, no pongas dificultad en que entre. Pero él solo; y no nadie que le acompañe. Vuelvo á encargarte que á nadie de este mundo, sea el que fuere, me le permitas entrar aqui; y sobre todo, si Rodolfo viniere. Ni tú mismo has de entrar, como yo no te llame. Ahora vete. *Vase el page.*

ESCENA II.

LA TISBE. CATALINA, en la cama.

LA TISBE.

Me parece que dentro de poco deberá volver en sí. Ella no queria morir: ya lo entiendo: sabia que era amada. De lo contrario, mas bien que vivir sin su amor *Mirando hácia la cama.* ¡ah! te hubiera parecido dulce la muerte: ¿no es verdad? La cabeza se me parte: llevo tres noches sin dormir. Anteayer la funcion: ayer la cita donde sorprendí á ambos: hoy... esta noche próxima sí que dormiré. *Dando una mirada á las ropas de teatro esparcidas por los sillones.* ¡Qué desgraciada es nuestra condicion! Nos aplauden en el teatro: ¡qué bien habeis hecho el papel de Rosmonda, señora! ¡Necios! Sí, nos admiran, nos llaman bellas, nos hartan de incienso; y entre tanto tenemos el corazon vacío. ¡Rodolfo! ¡Rodolfo! Creer en su amor, era una idea necesaria á mi vida. Todo el tiempo que lo he creido, he pensado muchas veces que si llegaba á morir querria espirar á su lado: morir de tal modo, que despues le fuera imposible arrancar mi memoria de su pecho; que mi sombra estuviese siempre junto á él, interpuesta entre él y todas las demas mugeres. La muer-

te es nada: el olvido sí que es todo. No quiero que me olvide. ¡Ay! ¡á qué estado he venido á parar! ¡hasta dónde ha llegado mi desdicha! Esto es lo que el mundo ha hecho para mí, y lo que de mí ha hecho el amor. *Se encamina á la cama, descorre las cortinas, mira un rato á Catalina, que permanece inmóvil, y toma el crucifijo.* Si este crucifijo ha causado la felicidad de alguien en este mundo, no ha sido la de tu hija, madre mia.

Pone el crucifijo sobre la mesa: ábrese la puerta disimulada, y sale Rodolfo.

ESCENA III.

LA TISBE. RODOLFO. CATALINA, en la cama con las cortinas echadas.

LA TISBE.

¿Sois vos, Rodolfo? Mucho me alegro: cabalmente tenia que hablaros. Prestadme atencion.

RODOLFO.

Y yo tambien tengo que hablaros, y os pido la vuestra, señora.

LA TISBE.

Rodolfo...

RODOLFO.

¿Estais sola?

LA TISBE.

Sola.

RODOLFO.

Dad órden de que nadie entre.

LA TISBE.

Ya está dada.

RODOLFO.

Dejadme que cierre estas dos puertas. *Echa los pasadores.*

LA TISBE.

Ya escucho lo que querais decirme.

RODOLFO.

¿De dónde venís? ¿Por qué estais pálida? ¿Qué habeis hecho hoy? Esas manos ¿qué es lo que han hecho? ¿Dónde habeis pasado las execrables horas de este dia? Decidlo. Pero no, no me lo digais, yo os lo diré. No respondais: no negueis, no inventeis, no mintais. Lo sé: todo lo sé: lo sé muy bien. Dafne estaba alli, á dos pasos de distancia, separada tan solo por una puerta, en el oratorio: todo lo vió Dafne, todo lo oyó, como que estaba alli, muy cerca, tan cerca que oía y veía. No perdió ni una sola palabra vuestra: el podestá decia: "no tengo veneno;" y vos digísteis: "yo sí, le tengo, le tengo yo." ¿Digísteis esto? ¿sí ó no? Veamos cómo mentis ahora. ¡Ah! vos teneis veneno: pues bien, yo tengo un puñal. *Saca un puñal del pecho.*

LA TISBE.

¡Rodolfo...!

RODOLFO.

Teneis un cuarto de hora para disponeros á morir.

LA TISBE.

¿Me quereis matar? ¿es esta la primera idea que os ocurre? ¿me quereis matar? ¿aqui? ¿vos mismo? ¿en este momento? ¿sin aguardar á nada? ¿sin tener seguridad de nada? ¿Y os arrojais tan fácilmente á tomar una resolucion semejante? ¿Es esto todo lo que yo os debo? ¡Me matais porque amais á otra! ¡Oh Rodolfo! Esto es lo cierto: decídmelo con vuestra mis-

ma boca; decidme que nunca me habeis amado.

RODOLFO.

Nunca.

LA TISBE.

Esa palabra es la que me mata, no tu puñal, desventurado.

RODOLFO.

¡Yo amaros! ¡yo! Ni os amo, ni os amé nunca: puedo decirlo con jactancia. Cuando mas, os he tenido lástima.

LA TISBE.

¡Ingrato! Dime otra palabra no mas. Y á ella ¿la amabas?

RODOLFO.

¡A ella! ¡si la amaba á ella! Oid, ya que os sirve de suplicio, desdichada. ¡Si la amaba! Una cosa pura, santa, casta, sagrada; una muger que era un altar, mi vida, mi sangre, mi tesoro, mi consuelo, mi pensamiento, la luz de mis ojos: como todo esto la amaba.

LA TISBE.

Entónces he hecho bien.

RODOLFO.

¿Que hicísteis bien?

LA TISBE.

Sí, bien hice. ¿Sabes tú siquiera lo que yo he hecho?

RODOLFO.

¿Si lo sé? Esta es la segunda vez que me lo preguntais; pero alli estaba Dafne, repito; que Dafne estaba alli, que ella me lo ha contado, y que sus palabras estan todavía resonando en mis oidos. —"Señor, señor: — no habia mas que los tres en este cuarto: ella, el podestá y otra muger, una horrible muger que el

podestá llamaba Tisbe. Señor, dos horas largas, dos horas de agonía y de compasion tuvieron aqui á la infeliz llorando, rogando, suplicando, pidiendo perdon, pidiendo la vida." –¡Tú pedias la vida! –"De rodillas, las manos cruzadas, echándose á sus pies, y ellos decian: *no*. Y el veneno, esa muger Tisbe fue á buscarle, y ella fue quien obligó á beberle á la señora. Y el cadáver de la sin ventura ella se lo llevó, esa muger, ese monstruo, la Tisbe." –¿Dónde le habeis puesto, señora? –Esto es lo que ha hecho la Tisbe. Preguntadme si lo sé, si estoy seguro. *Sacando un pañuelo del pecho.* Este pañuelo, que he encontrado en el cuarto de Catalina, ¿de quién es? Vuestro. *Señalando el crucifijo.* Este crucifijo que encuentro aqui, ¿de quién es? De ella. –¡Si estoy seguro! Vamos: rezad, llorad, gritad, pedid misericordia, haced muy pronto lo que tengais que hacer, y concluyamos.

LA TISBE.

¡Rodolfo!

RODOLFO.

¿Podeis decir algo para justificaros? Pronto, que sea pronto, en el momento.

LA TISBE.

Nada, Rodolfo: cuanto te han dicho es la verdad: créelo todo. Llegas á buen tiempo: deseaba morir, y buscaba un medio de hacerlo cerca de tí, á tus pies. ¡Morir por tu mano! ¡ah! esto es mas de lo que yo me atreviera á apetecer. ¡Morir por tu mano, y caer quizá entre tus brazos! Yo te doy las gracias. Sé á lo menos que oirás mis últimas palabras, y aunque no quieras, habrás de recibir mi último aliento. Ya ves que no tengo ningun empeño en vivir: tú no me amas, mátame. Esta es la única cosa que ya puedes hacer

por mí, Rodolfo mio.. Tú quieres complacerme, yo lo admito, y te lo agradezco.

RODOLFO.

Señora...

LA TISBE.

Escúchame todavía lo que tengo que decirte. Siempre fui muy digna de lástima: no son palabras estas que salen solo de mi boca; rebosan de mi pobre corazon despedazado. En el mundo se nos compadece muy poco, y se equivocan; porque muy raras veces se sabe hasta dónde llega nuestro valor y nuestra virtud. ¿Te parece que puedo yo tener mucho apego á la vida? Hazte cargo que de niña pedí limosna, y que de diez y seis años no tenia pan que comer. Los señores poderosos me recogian en la calle; y desde un cieno fui á caer en otro cieno. Yo sé que se dice fácilmente: *morir de hambre primero;* pero yo sé tambien lo que he padecido. La compasion se guarda para las damas nobles. Si lloran, se las consuela: si obran mal, se las disculpa; y sin embargo ellas se quejan. Para nosotras todo es mucho, y siempre se nos desprecia. La pobre, la muger infeliz ni interesa, ni se la cree con derecho para quejarse. Todos le tienen en contra de ella. – Rodolfo, en mi situacion ya debes conocer que necesitaba un corazon que pudiera entenderse con el mio. Y sino tengo un hombre que me ame, ¿qué quieres que sea de mí? No digo esto por enternecerte: ¿de qué me serviria? Para mí todo se acabó ya. Pero te amo: hasta qué punto te ha amado esta desgraciada muger, que te está hablando, no lo sabrás, Rodolfo, sino despues de mi muerte, cuando ya no exista. Seis meses ha que te conocí; seis meses que tus miradas son mi delicia, tu

sonrisa mis placeres, tu aliento mi existencia. Pues bien, sabe que en estos seis meses no he tenido ni un solo instante la idea, la idea necesaria para mi vida, de que tú me amabas. No ignoras que te fastidiaba siempre con mis zelos, que tenia mil indicios que me agitaban: ahora todo es certidumbre, y no por eso dejo de quererte. La culpa no es tuya: sé que llevas siete años de amar á esa muger: yo era para tí una distraccion, un pasatiempo: es natural, y tampoco dejo de quererte. Pero ¿qué quieres que haga? Vivir sin tu amor, no me es posible; y ahora estoy viendo que ni escucharme quieres. ¡En este momento en que nadie que me oyese podria negarme su compasion!

RODOLFO.

¡Si estoy cierto! El podestá fue á buscar cuatro esbirros, y en este tiempo la dijísteis cosas terribles, que la hicieron tomar el veneno. Señora, mi razon se trastorna. ¿Dónde está Catalina? responded. ¿Es verdad que la habeis envenenado? ¿dónde está? decid, ¿dónde está? ¿Sabeis que es la única muger que yo he amado? la única, ¿lo oís? la sola.

LA TISBE.

¡La sola! ¡la única! ¡oh! es crueldad darme tantas puñaladas. Por piedad *Señalando el puñal.* dame pronto la última con ese que tienes en la mano.

RODOLFO.

¿Dónde está Catalina? la única que he amado, la única.

LA TISBE.

No tienes piedad: me despedazas el corazon. Pues bien, sí, odio á esa muger, óyelo, la aborrezco. Sí: te han dicho la verdad: me vengué, la envenené, la maté.

RODOLFO.

¿Y me lo decis á mí? Vos misma acabais de decírmelo, y aun creo que con jactancia.

LA TISBE.

Sí, y lo que he hecho, volveria á hacerlo. Hiere.

RODOLFO.

Con aire terrible.

Señora.

LA TISBE.

Yo la maté, te digo; mátame tú.

RODOLFO.

¡Miserable! *La hiere.*

LA TISBE.

Cae.

En el corazon; me has dado en el corazon. Has hecho bien. – Rodolfo mio, tu mano. *Se la coje y la besa.* Gracias. Me has sacado de padecer. Déjame esta mano; no quiero hacerte mal ninguno. Mi amado Rodolfo, tú no te veías cuando entraste aqui; pero al oir el modo con que me dijiste "no teneis mas que un cuarto de hora:" levantando tu puñal, ya no me era posible vivir. Y pues voy á espirar, sé indulgente conmigo. Dime una palabra de compasion, y no dudes que harás un bien.

RODOLFO.

Señora...

LA TISBE.

¡Una palabra de compasion! ¿No quieres?

CATALINA.

Desde la cama con las cortinas corridas.

¿Dónde estoy?

RODOLFO.

¡Qué oigo! ¡qué voz es esta! *Se vuelve y ve la figura blanca de Catalina, que ha entreabierto las cortinas.*

CATALINA.

¡Rodolfo!

RODOLFO.

Se dirige á ella y la saca en sus brazos.

¡Catalina! ¡Dios mio! ¡Tú estás aqui! ¡viva! ¡cómo es esto! *Volviéndose á la Tisbe.* ¡Ah, qué es lo que he hecho yo!

LA TISBE.

Arrastrándose hácia él y con sonrisa.

Nada: tú no has hecho nada: yo lo hice todo. Queria morir, y empujé tu mano.

RODOLFO.

¡Catalina! ¡tú vives! ¿quién te ha salvado?

LA TISBE.

Yo, para tí.

RODOLFO.

¡Tisbe! Socorrámosla. ¡Desdichado de mí!

LA TISBE.

No, es inútil cualquiera socorro: lo conozco, y te lo agradezco. Entrégate á tu gozo, como si yo no estuviese presente, que no quiero molestarte, pues discurro todo tu contento. Engañé al podestá: la dí un narcótico en lugar del veneno: todos la creyeron muerta, cuando solo estaba aletargada. Ahí teneis caballos listos; vestidos de hombre para ella: marchad al instante. Tres horas bastan para salir del estado de Venecia. Sed felices. El lazo que la ligaba está ya desatado: murió para el podestá, y vive para tí. ¿Te parece que está mal dispuesto?

RODOLFO.

¡Catalina...! ¡Tisbe...! *Se arrodilla fijando la vista en la Tisbe espirante.*

LA TISBE.

Con voz cada vez mas apagada.

Voy á morir. Tú pensarás algunas veces en mí, y dirás: "era una buena muger la pobre Tisbe;" y yo me regocijaré, si puedo oirlo en el sepulcro. A Dios. – Señora, permitidme que le diga otra vez, ¡Rodolfo mio! – A Dios, mi Rodolfo. – Partid al momento. – Me muero. – Vivid. – Yo te bendigo. *Espira.*

FIN.